

Achille Dauphin-Meunier

LA COMUNA HÚNGARA Y LOS ANARQUISTAS



La República Soviética Húngara, oficialmente República Soviética Federal Socialista de Hungría, se inició con la Revolución de los Crisantemos, que culminó en un gobierno comunalista, instaurado por la unión del Partido Socialdemócrata y el Partido Comunista en la primavera de 1919, ante la grave crisis interna en el país. La república no logró sus objetivos y quedó abolida a comienzos de agosto.

Este viejo texto, evoca con claridad los problemas concretos, urgentes y a veces dramáticos a los que se enfrenta todo movimiento revolucionario una vez derrocado el poder capitalista y estatal: asegurar la satisfacción de las necesidades básicas de la población, reorganizar la economía sobre una base socialista, inventar y construir un poder popular y democrático, transformar las relaciones sociales y las mentalidades, defender la revolución con las armas...

Esto es lo que hace que siga siendo políticamente relevante hoy, 100 años después de su primera publicación, desde un punto de vista revolucionario.

A. DAUPHIN-MEUNIER

La Commune Hongroise et les Anarchistes

(21 MARS 1919 - 7 AOÛT 1919)



PARIS
LIBRAIRIE INTERNATIONALE
72, Rue des Prairies, 72

1926

Achille Dauphin–Meunier

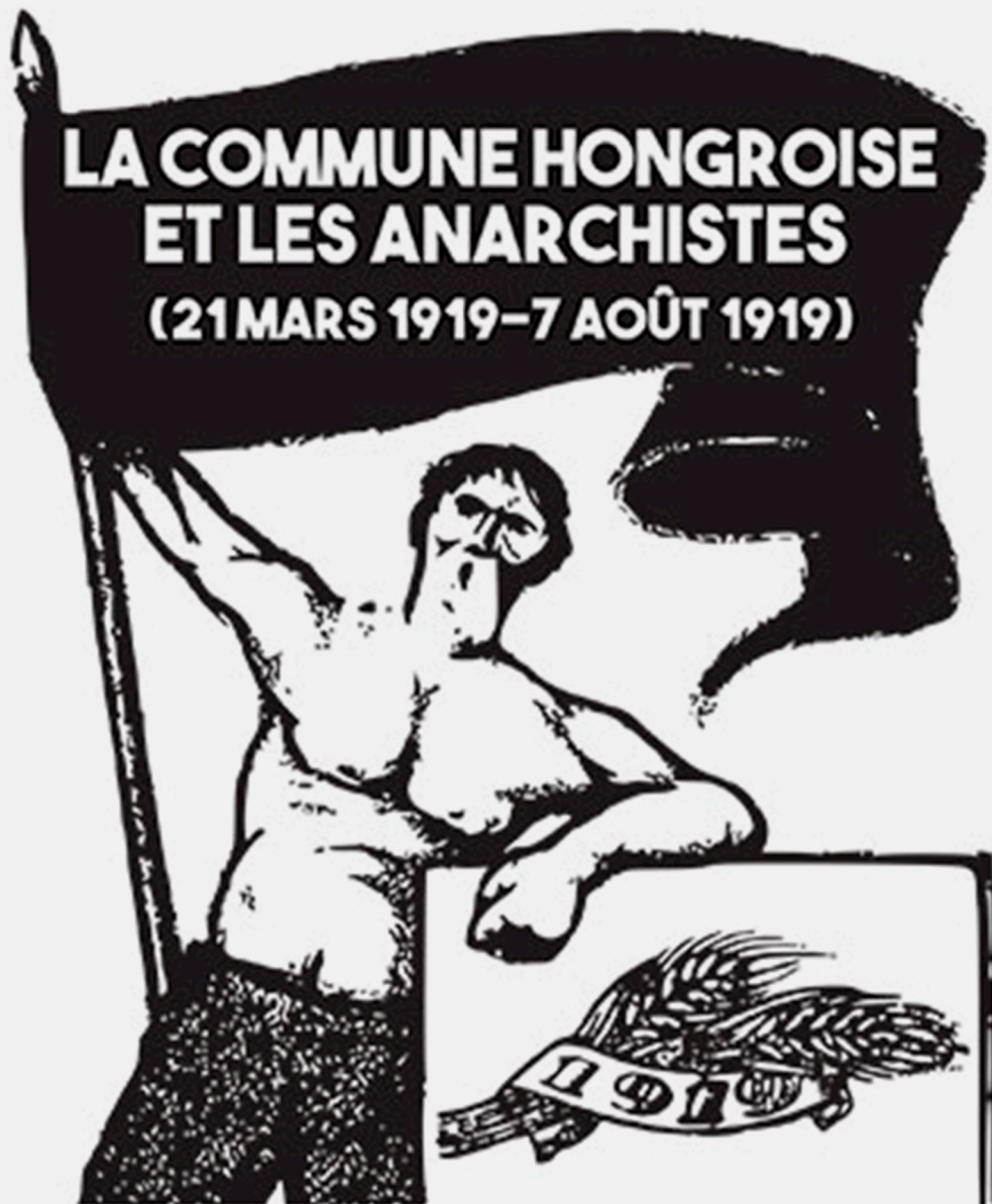
LA COMUNA HÚNGARA Y LOS ANARQUISTAS

[21 de marzo de 1919 – 7 de agosto de 1919]

PARTAGE NOIR

Achille Dauphin-Meunier

**LA COMMUNE HONGROISE
ET LES ANARCHISTES
(21 MARS 1919-7 AOÛT 1919)**



Fecha de publicación:1926

Original francés de Partage Noir:

<https://www.partage-noir.fr/-la-commune-hongroise-et-les-anarchistes-21-mars-1919-7-aout-1919-29->

<http://kropot.free.fr/CommHongrie.htm>

Recuperado y traducido el 14 de abril, 2023 por Libértame:

<https://libertamen.wordpress.com/2023/04/14/la-comuna-hungara-y-los-anarquistas-21-de-marzo-de-1919-7-de-agosto-de-1919-1926-achille-dauphin-meunier/>

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

- ADVERTENCIA
- I. La revolución del crisantemo
- II. La dictadura del proletariado
- III. La comunalización de los bienes de consumo
- IV. Producción industrial
- V. Transporte
- VI. Política agraria
- VII. La cuestión financiera
- VIII. Ejército revolucionario y diplomacia
- IX. El terror blanco

ACERCA DEL AUTOR



ADVERTENCIA

Volvemos a publicar este folleto anarquista francés, aparecido inicialmente en 1926.

Este texto presenta una experiencia revolucionaria poco conocida. Más allá del simple interés histórico, este escrito nos sumerge en una situación compleja y conmovedora en la que, lejos de los grandes discursos, en medio de muchas

dificultades, los revolucionarios húngaros intentaron concretar su deseo de otra sociedad y otro mundo.

Este viejo folleto evoca con claridad los problemas concretos, urgentes y a veces dramáticos a los que se enfrenta todo movimiento revolucionario una vez derrocado el poder capitalista y estatal: asegurar la satisfacción de las necesidades básicas de la población, reorganizar la economía sobre una base socialista, inventar y construir un poder popular y democrático, transformar las relaciones sociales y las mentalidades, defender la revolución con las armas...

Esto es lo que hace que siga siendo políticamente relevante hoy, 76 años después de su primera publicación, desde un punto de vista revolucionario.

Disfrute de su lectura.

Unión Intercooperativa
Unión Anarcosindicalista de Caen.
S.I.A. (2002)



I. LA REVOLUCIÓN DEL CRISANTEMO

En 1914, Hungría se presentaba como el país europeo que realizaba el mayor grado de concentración de capital industrial y territorial en manos de una minoría política. Entre dos y tres mil poderosos terratenientes rurales se repartían un tercio de la tierra cultivable nacional; el conde Esterhazy, por ejemplo, poseía 526.000 hectáreas de tierra y el conde Karolyi, el mismo que luego presidió la República Popular, gobernaba más de 100.000 hectáreas.

En presencia de estos capitalistas, había una masa de jornaleros agrícolas y de sirvientes de las granjas, sometidos a la autoridad política y social de sus amos, sin ningún medio de defensa, con derecho únicamente a un día libre anual en invierno, cuando no había carreteras practicables. En el centro del país, donde la población es enteramente magiar, el número de jornaleros alcanza el 40% de la población activa. En 1908, de los 14 millones de campesinos, 11.500.000 hombres pertenecían a este proletariado.

Sin embargo, existía un embrión de minifundio, que los economistas oficiales utilizaban como pretexto para ocultar a los occidentales la situación social de los campesinos húngaros. Pero cuando uno examina la naturaleza de la burguesía rural, pronto se da cuenta de que también forma parte del lumpenproletariado.

En 1848, durante la Revolución Cívica de Hungría, Luis Kossuth hizo liberar a los siervos y les entregó las tierras que antes cultivaban en beneficio de los señores. Tras las crisis agrarias de 1871 y 1890, los campesinos, agobiados por las hipotecas de sus propiedades, se vieron obligados a vender sus campos a sus antiguos amos, que así formaron rápidamente latifundios. En 1875, se vendieron 9.600 propiedades de esta manera. En 1893, el número de traslados superó los 15.300 y en 1903, los 21.000. La concentración capitalista se manifestó así en la economía rural. En 1900, había 372.000 individuos que poseían menos de un acre de tierra y 103.000 individuos que poseían menos

de cinco acres. Para alimentarse a sí mismo y a su familia, el campesino húngaro debe cultivar al menos 8 acres. Para sobrevivir, estos pequeños propietarios se veían obligados a alquilar sus brazos a los señores durante una parte del año. De este modo, volvieron a la situación de jornaleros. La miseria reinaba entre ellos, debido a la bajísima remuneración. El resultado fue una extraordinaria corriente de emigración. En 1907, doscientos tres mil húngaros abandonaron su país, sin ganas de volver.

La concentración industrial no fue menos importante. En 1914, Budapest era el centro de la industria molinera europea. Los molinos de la capital producían unos 70.000 quintales diarios. La capacidad de las fábricas de azúcar era superior a las de Bohemia, que sin embargo eran tan famosas. La fábrica de azúcar magiar más pequeña producía 5.000 quintales métricos, y la más grande 22.000 quintales. En 1914, la industria azucarera produjo 514.000 toneladas de azúcar listas para el consumo. Ochenta y dos cervecerías entregaron más de 3 millones de hectolitros de cerveza superior en el mismo año, el 68% de los cuales procedían de las casas de Budapest. Cuarenta destilerías industriales y 834 agrícolas produjeron un millón de hectolitros de alcohol en 1914. En Szeged, las fábricas, construidas según el modelo americano, producían salchichas en masa; Budapest y Keszthely preparaban estas frutas enlatadas que sólo desaparecieron del mercado europeo en 1917, con la invasión de las frutas hispanoamericanas. En 1890 se

extrajeran dos millones y medio de lignitos. La producción de lignito en 1913 superó los 10 millones.

En resumen, la producción total de Hungría en 1914 era de 3.140 millones de kcs–oro (coronas de oro húngaras) al año. En 1913, Hungría exportó cereales por valor de 987 millones de coronas de oro, pero también vendió al extranjero productos manufacturados por valor de 725 millones de coronas de oro y productos semiacabados por valor de 193 millones de coronas de oro, lo que supone un total de 918 millones de coronas de oro en exportaciones industriales.

A este extraordinario desarrollo de la producción industrial correspondió tanto la concentración capitalista como la obrera. En Budapest, por ejemplo, había 118.000 trabajadores en 1914. El número de empresas con empleados pasó de 102.000 en 1890 a 196.000 en 1900 y 213.000 en 1914. Por otro lado, entre 1890 y 1902, el número de empresarios autónomos en la industria textil descendió de 16.539 a 10.716, y en la industria de la construcción de 35.129 a 28.177.

Al mismo tiempo que crecía el proletariado agrícola e industrial, despertaban las nacionalidades contenidas dentro de las fronteras de la Monarquía. En Transilvania, en el rectángulo entre Debreczen, Rodna, Temesvar y Nagy–Szeben, crecían los rumanos, separados de sus congéneres por un bloque compacto de magiares de antigua estirpe, domiciliados al norte de Brasso. Los bosnios y los escribas

estaban dispersos en el sur de Hungría, hacia Ujvidek, Zombor y Szabadka; los sajones se agrupaban en torno a Pecs y en los condados de Sopron y Nagykuküllö; los franceses que habían llegado allí en los siglos XVIII y XIX cultivaban ciertas partes de la llanura y los alrededores de Temesvar. Había eslovacos desde Pozony hasta Szent-Marton y desde Kesmark hasta Huszth. En resumen, 4 millones de rumanos, 1 millón de croatas, bosnios y serbios, 2 millones de eslovacos, 500.000 rutenos, 400.000 franceses, sajones y gitanos, conservando sus costumbres nacionales y hablando su propia lengua, vivían en suelo húngaro.

Considerada únicamente desde el punto de vista económico y social, esta situación no podía continuar por mucho tiempo. Los proletarios húngaros y los pueblos esclavizados exigirían su emancipación y la obtendrían mediante la violencia. El capitalismo y la alta burguesía lo entendieron muy bien. Así que, para canalizar la naciente agitación en su beneficio, exigieron la independencia política, la creación de un ejército nacional y el sufragio universal en Viena, con la secreta esperanza de que se les negara. Durante la Guerra Mundial, no esperaban nada de la victoria alemana, que sólo habría aumentado el prestigio de Austria y eliminado los privilegios de los terratenientes húngaros; no esperaban nada de la victoriosa Entente, que se declaraba dispuesta a devolver la independencia a las nacionalidades sometidas. Sólo querían una paz honorable,

que mantuviera el statu quo interno pero que desatara los lazos de vasallaje entre los gobernantes húngaros y la corte vienesa.



Otto Corvin.

De repente, en 1917, estallaron las revueltas de los soldados. En Budapest existía un club revolucionario, el «Círculo Galileo», compuesto por sindicalistas, anarquistas y socialistas de izquierdas. Antes de las hostilidades, los galileos discutían entre ellos las posibilidades de establecer

un nuevo mundo, que veían de forma diferente, cada uno según su propio temperamento.

La guerra había puesto fin a estas amistosas polémicas sobre doctrina, y todos estaban unidos en la lucha contra el militarismo y el clero patriótico. Un anarquista, Otto Corvin, que había sido licenciado por una curvatura de la columna vertebral, cazó furtivamente a los marineros de Pola; instigado por sus camaradas, un regimiento de guardias nacionales se negó a abandonar Budapest para ir al frente. Jóvenes de 16 años como Wessely se colaban de noche en los cuarteles, distribuían octavillas e incitaban a los soldados a la revuelta. Atrapados, golpeados por la policía, internados en campos de concentración, instaban a otros niños a seguir su ejemplo.

Dos libertarios, Ilona Duchinska y su amigo, Tivadar Lukacs, se pusieron al frente del movimiento antibélico tras la toma de Corvin. Fueron detenidos a su vez y sustituidos. La propaganda crecía sin cesar. En 1917, los marineros de Cattaro se sublevaron, desarmaron a sus oficiales y exigieron la formación de consejos de soldados. Rápidamente derrotados por Horthy, que ganó su sombrero de almirante en el proceso, fueron reprimidos sin piedad.

En Pentecostés de 1918, en Pecs, el 6º regimiento de infantería de Ujvidéck se negó a entrar en las trincheras; los amotinados atacaron el cuartel y los edificios municipales, cortaron los cables telefónicos y se apoderaron de la

estación. El 53º Regimiento de Infantería y un regimiento de bosnios fueron enviados contra ellos. Durante dos días enteros resistieron; al tercer día se refugiaron en el cementerio, del que tuvieron que ser desalojados tumba a tumba. Finalmente, se rindieron. Para castigarlos, uno de cada diez hombres fue fusilado al azar; los oficiales superiores fueron fusilados; los oficiales inferiores fueron encarcelados.

Estos hechos no pasaron desapercibidos. Las noticias de los ejércitos parecían ser peores cada día. Hungría se dio cuenta de que la derrota estaba cerca. Intentó separarse de Austria para no sufrir las consecuencias del desastre. Se confió, desesperado, a Karolyi.

La familia Karolyi siempre había luchado contra la hegemonía de Austria. El bisabuelo de Michel Karolyi, junto con Rakoczi, organizó el movimiento contra los Habsburgo, que terminó con la paz de Szathmar. A los veinticinco años, Michel Karolyi era diputado. Uno de los terratenientes más ricos, exigió el reparto de tierras. Un duelo con el reaccionario Tisza le hizo famoso en los círculos obreros de Budapest. A la muerte de Jules Justh, Karolyi, de apenas treinta años, ocupó su lugar y sucedió así al destacado líder del partido independentista.

En 1914, cuando se declaró la guerra, viajó por América, propagando la idea de una República Popular entre los húngaros de Nueva York y recaudando subvenciones para su

partido. De vuelta a Europa, es detenido en Burdeos; liberado por orden del gobierno francés, llega a Budapest vía España y Génova. Durante las hostilidades, a través de su secretario Diener, se mantuvo en contacto con los pacifistas franceses, principalmente con Guilbeaux. Se declaró amigo de la Entente, demócrata y agrario. En realidad, era un político sincero tal vez, pero singularmente cobarde a la hora de cumplir sus promesas. Quería dirigir eventos que le superaban.

El 16 de octubre de 1918, Michel Karolyi acusó a los imperios centrales de haber provocado las hostilidades al lanzar un ultimátum a Serbia. Tomando posición contra la política de la Mittel Europa, condenó la guerra submarina y el Tratado de Brest-Litovsk; exigió la creación de una representación diplomática húngara autónoma en el extranjero, la abolición de las instituciones comunes a Austria y Hungría, la independencia política y económica. Stéfan Zlinsky se posicionó con él frente a Wekerlé, presidente del Consejo, y Burian, ministro de Asuntos Exteriores, que afirmaron la solidaridad de Hungría con los imperios centrales.

Esa misma noche, Hussarek, Presidente del Consejo de Austria, convocó una reunión de los líderes de los partidos políticos y reveló su intención de organizar un estado federal compuesto por alemanes, checos, ucranianos e ilicitanos, bajo el nombre de Imperio Federal de Austria. Ante este anuncio, los diputados republicanos húngaros exigieron en

una sesión pública de la Cámara de Representantes la independencia de su país. El 17 de octubre, el emperador Carlos confirmó la declaración del Hussarek austriaco en un manifiesto. Mientras que el conde Tisza declaró su aprobación al gobierno por haber pedido la paz de acuerdo con los principios de Wilson, Burian dimitió por miedo a la responsabilidad.

Sin embargo, el 15 de octubre, en Agram, la facción croata expresó su intención de apoyar los esfuerzos de un Consejo Nacional Croata; proclamó la independencia de Croacia de Hungría y reclamó el territorio magiar de Fiume. El 19 de octubre, este Consejo Nacional, compuesto por 85 miembros a los que se unieron delegados de Eslavonia, Dalmacia y Bosnia, declaró la independencia de Yugoslavia. El 24 de octubre, Karolyi anunció a la Cámara que los croatas del 79º regimiento de infantería habían desarmado a los húsares de Fiume, tomado posesión de la ciudad, ocupado el puerto e izado la bandera tricolor. Wékerlé dimitió. El rey tuvo entonces que buscar un presidente del Consejo que no pudo ser encontrado.

Los condes Andrassy y Apponyi se negaron sucesivamente a encabezar un nuevo gobierno. Karolyi, tras una reunión de sus amigos, decidió exigir la paz inmediata, la ruptura con Alemania y Austria, la independencia, el sufragio universal, la libertad de asociación y de prensa y el reconocimiento de los nuevos estados. Junto con sus partidarios, redactó una proclama. El 22 de octubre, los búlgaros capitularon.

En Budapest y en las principales ciudades se celebran diariamente manifestaciones antimilitaristas. Los soldados desertaron en masa y formaron *soviets*. Los reaccionarios estaban consternados y esperaban que Karolyi formara una alianza con el rey. Decidieron que Karolyi debía llegar a un acuerdo con el tribunal. El 28 de octubre, Karolyi inició las negociaciones para formar su gabinete. Convocó al primer alcalde de Budapest, Barcsi, al líder del partido radical Jacy y al de los socialistas Kungsi. Todos ellos se negaron a asistir. El archiduque Joseph fue retirado del frente del Trentino y nombrado «homo regius», regente. Joseph no se llevaba bien con Karolyi.

Los trabajadores y los soldados se organizaron. Los días 27 y 28 de octubre quisieron obligar a Joseph a nombrar a Karolyi como presidente y entraron en conflicto con la policía. Toda la noche lucharon con rifles y ametralladoras. Muchas personas murieron y resultaron heridas. El 30 de octubre hubo una manifestación frente a la sede del partido de Karolyi en la que se exigía un armisticio inmediato. La policía cargó y la lucha se reanudó en las calles. El 31 de octubre, el conde Tisza, líder del partido reaccionario, partidario de la alianza con Austria y Alemania y uno de los responsables de la guerra, fue atacado y asesinado por soldados.

El 1 de noviembre llegó la noticia del armisticio con Turquía. La multitud se dirigió a las comisarías y desarmó a los gendarmes. Cuatrocientas mil personas marcharon por

las calles cantando la «Marsellesa de los trabajadores». Los ocales estaban decorados con crisantemos. Camiones cargados de soldados y cubiertos con estas rosas blancas recorrieron las avenidas. El entusiasmo era general. La gente se lanzaba flores, se besaba; los rostros parecían radiantes.

Ese mismo día, el Consejo Nacional húngaro nombró a Karolyi presidente del Consejo, dio a Batthyanyi la cartera de Asuntos Exteriores y a Szende la de Finanzas.

Los habitantes de Kecskemet exigieron la liberación de los presos. En todas partes se formaron consejos de campesinos, soldados y trabajadores.

El 15 de noviembre, el barón Julius Wlassics, presidente de la Cámara de Magnates, entregó la abdicación del rey Carlos a Karolyi. Decía: «No quiero que mi persona sea un obstáculo para el desarrollo de la nación húngara, por la que estoy imbuido del mismo afecto invariable. Por lo tanto, renuncio a tomar parte en la dirección de los asuntos del Estado y reconozco de antemano todas las decisiones por las que Hungría determinará la forma futura del Estado. Dado en Erkatsau, el 13 de noviembre.

El 16 de noviembre, Karolyi fue aclamado Presidente de la República Popular Magiar. El sueño del político se hizo realidad. Intentó resolver los problemas económicos y sociales mediante reformas que, aunque tranquilizaban al

pueblo por su apariencia democrática, mantenían las simpatías de la burguesía.

<https://filmhiradokonline.hu/player.php?id=5351>

La nueva república se basa en los principios jacobinos de 1792. Por sufragio universal y secreto, los hombres y mujeres desde de 21 años nombran a los legisladores. Todo el mundo se convirtió en minifundista, pero la desigualdad social no desapareció, ya que los financieros, que poseían las acciones de las empresas industriales y agrícolas, controlaban la actividad del país. Para reformar la situación agraria, Karolyi decidió dividir las propiedades feudales.

Según sus planes, las tierras de más de 500 hectáreas se dividían entre los trabajadores agrícolas y los sirvientes. Los campesinos pagaban entonces al Estado un canon durante 100 años. Esta suma se devolvía a los propietarios tras la deducción del impuesto sobre el patrimonio de hasta el 80% y un descuento del 8%. Para evitar el fenómeno que siguió a la emancipación de los siervos y para impedir la reconstitución de los latifundios, las tierras pasaron a ser intransferibles y hereditarias.

Sin embargo, surgió un doble problema. Las propiedades de los señores estaban cubiertas por hipotecas y su valor

había aumentado durante la guerra. ¿Hay que purgar las hipotecas y vender las propiedades a los jornaleros al precio actual más el coste de la purga? Karolyi no proponía reformas radicales, sino una medida que satisficiera tanto a los propietarios de clase media como a los campesinos ricos. Exigió la compra y venta de tierras a los precios de antes de la guerra, la reducción de las plusvalías y la reducción proporcional de las hipotecas.

Budapest estaba llena de abogados sin causa, desmovilizados, reformados, emboscados, pero todos igualmente ambiciosos: los eternos partidarios de las democracias. Karolyi los reunió en un cuerpo y, dándoles el título de comisarios agrarios, les encargó que recorrieran Hungría, hicieran un censo de propiedades, supervisaran el reparto de tierras y elaboraran un catastro. Los abogados se marcharon; para mantener su posición bien remunerada, alargaron las operaciones, provocando disputas entre los agricultores que dieron pie a pleitos y les abrieron una nueva fuente de beneficios.

Además, la reforma de Karolyi, si se hubiera llevado a cabo, habría dado al régimen el apoyo de una nueva clase, la de los campesinos de clase media que compraban tierras; pero no podía satisfacer a la masa de jornaleros, que eran absolutamente incapaces de pagar ninguna cuota. Además, al parcelar la tierra, se impidió la división científica del trabajo, el rendimiento intensivo y el uso de las potentes máquinas indispensables para el cultivo de la llanura. El rico

agricultor era dueño de la tierra, pero al permanecer aislado en su parcela, no solía desarrollar su propiedad con la ayuda de costosas herramientas agrícolas.

Los campesinos lo entendieron enseguida. Se apoderaron de las tierras, sin pagar derechos, a pesar de las observaciones de los agentes de Karolyi, y se ayudaron mutuamente fundando cooperativas agrícolas.

Los del condado de Somogy, uno de los más productivos de Hungría, tras apoderarse de los campos, llegaron a echar a los comisarios agrarios y a organizar sindicatos rurales. Karolyi les envió a su Ministro de Agricultura, también de Somogy, el político Etienne Szabo, sucesivamente Ministro de la República, Comisario de la Comuna, partidario de Friedrich, Huszar y Horthy.

Szabo vino y se preparó hábilmente para ensalzar las bellezas de la democracia y la propiedad privada ante sus conciudadanos. Los labradores lo recibieron, armados con cuchillos y guadañas, y le dijeron que si no los dejaba en paz, estaban decididos a degollarlo como a un lechón. A partir de entonces, Szabo y Karolyi mantuvieron la boca cerrada.

El 1 de diciembre de 1918, bajo la presión de los rumanos, los demagogos de la Asamblea de Transilvania decidieron unirse a los rumanos de Alba Julia. El 8 de enero de 1919, los sajones, en Médiasch, votaron un programa similar. Pero los comités campesinos protestaron.

En un llamamiento a los soldados rumanos, dijeron No necesitamos reyes ni oficiales, amigos del lujo que pierden el tiempo inútilmente, ni boyardos ni grandes señores que sólo beben sangre como sanguijuelas. Necesitamos tierra y libertad. Y unos días más tarde, un nuevo cartel Nosotros, los campesinos de Transilvania y Banat, somos lo suficientemente inteligentes como para seguir nuestro propio camino, como nos plazca. Transilvania y Banat pertenecen sólo a los transilvanos y a los banateros. No queremos amos. ¡Que los boyardos de Rumanía nos dejen en paz!

Así, en todas partes, un movimiento agrario estaba tomando forma. Pero la política de Karolyi condujo al colapso económico. Debido a las trabas puestas a la producción por los comisarios agrarios, la remolacha azucarera se pudrió sobre el terreno, ya que nadie conocía su propiedad oficial y no quiso asegurar su transporte y distribución sin obtener una contrapartida remunerada. A pesar de una cosecha extraordinaria, el azúcar tuvo que ser racionado en el país que había suministrado azúcar a Europa antes de la guerra.

Pronto creció el malestar en las fábricas. Los obreros, suficientemente instruidos económicamente, querían gestionar libremente sus fábricas, bajo el control de los técnicos: en consecuencia, expropiar a los patronos.

Para disipar los temores de estos últimos, el gobierno republicano, a instancias del socialista Garami, decidió hacer participar a ciertas categorías de trabajadores en los beneficios de las empresas. En lugar de los consejos de fábrica, quería instituir una comisión mixta compuesta por representantes del Estado, de la patronal y de los trabajadores, en la que, por consiguiente, los obreros habrían estado en minoría. Estos últimos, comprendiendo la astucia del proyecto, se resistieron y entraron a su vez en la oposición.

Con el apoyo financiero de los capitalistas húngaros y extranjeros, Karolyi habría podido sin duda contener a los proletarios industriales. Pero las finanzas del Estado se encontraban en una situación deplorable y los hombres de dinero también sufrían la escasez de capital. Un miembro del partido radical, actualmente colaborador del Neue Zeit de K. Kautsky, Paul Szende, fue el encargado de resolver la situación.

Inmediatamente, para atraer la simpatía de los banqueros occidentales y húngaros, Szende reconoció los préstamos de guerra, de los cuales nueve décimas partes se habían contraído en el país. Luego estudió los medios para fundar un Banco Nacional, absolutamente independiente del Banco Imperial Austrohúngaro. Por ello, decretó que los billetes emitidos por el Banco Imperial ya no tendrían capacidad adquisitiva en Hungría y no cotizarían en la Bolsa. Autorizó la circulación temporal de las antiguas coronas estampadas,

a la espera de la creación de una unidad monetaria basada en el valor del precio del oro y que representara la 3,444ª parte del precio real de un kilogramo de oro puro. El Ministro de Hacienda necesitaba 30.000 millones de coronas para aplicar su programa.

Como la ayuda financiera de los extranjeros no llegaba, el gobierno se vio obligado a recurrir a los impuestos y a introducir un impuesto progresivo sobre el patrimonio. La creación de este impuesto despertó el descontento de la clase media, último apoyo del gobierno. La situación de Karolyi parecía insostenible. Así que el Partido Comunista Húngaro pasó a primer plano.

El Partido Comunista húngaro, durante la República, tenía un extraño parecido con el Partido Comunista fundado en París por la misma época por Pericat y Sebilloud. Estaba formado por jóvenes de distintas clases sociales, como Wessely, hijo de un rico burgués de Budapest, o Leicht, hijo de un zapatero judío, que a los 18 años era uno de los mejores pintores húngaros. El Partido Comunista estaba animado por un extraordinario espíritu de revuelta libertaria, lleno de audacia juvenil. Sus métodos y su programa diferían completamente de los del bolchevismo ruso.

A diferencia de Lenin, que pedía la creación de una pequeña propiedad campesina, abogaba por el capitalismo de Estado, la supremacía de la política sobre la economía y

la individualización del consumo, los comunistas magiares, inspirados quizá sin saberlo en la ideología anarquista, exigían la comunalización, o puesta en común de los bienes de consumo y de la producción, la abolición de la maquinaria política y la formación de consejos campesinos y obreros. No se limitaron al ámbito de las ideas, sino que pasaron a la acción. Animaron a la población rural a ignorar las decisiones de los comisarios agrarios, a fundar cooperativas y a quemar todas las escrituras notariales. En los centros urbanos, también recomendaron el cese de los alquileres y la expropiación de las viviendas. Pronto hubo más de 20.000 demandas en Budapest por las reclamaciones de los terratenientes, cuya defensa asumieron los socialdemócratas. Los comunistas lucharon entonces contra los socialistas.

El 1 de enero de 1919, en Budapest, intentaron derrocar el gobierno de los radicales y socialistas. Fracasaron, pero quince días después, en Salgotaryan, intentaron lo mismo. Reprimidos de nuevo, no se consideraron derrotados y continuaron su agitación en los campos y en las fábricas. El Nepszava, órgano oficial de los socialdemócratas, tras insultarles, atacaron el periódico, ayudados por los marineros y los obreros de los suburbios. La lucha duró un día y fue extremadamente violenta. Muchos muertos quedaron en el suelo. Por orden de Karolyi, Bela Kun, Lazlo y Rabinovics, miembros del partido comunista, fueron detenidos. Los gendarmes de la cárcel golpearon tanto a Kun

que estuvo a punto de morir y permaneció postrado en la cama durante más de un mes. Pero sus compañeros continuaron con su propaganda y su número no tardó en aumentar con la llegada de soldados y trabajadores disgustados con la democracia. El Partido Comunista adoptó entonces el aspecto original que conservó hasta la caída de la Comuna. Sus cuadros fueron proporcionados por chavales de entre 17 y 22 años, inspirando una masa homogénea de soldados y trabajadores.



Bela Lindner

Bela Lindner, socialista independiente y antiguo coronel del Estado Mayor, fue un ministro de guerra antimilitarista. El 16 de noviembre de 1918, hizo que los antiguos oficiales y soldados del ejército real se reunieran en la Plaza del Parlamento de Budapest. Ante trescientos mil espectadores, bajo una lluvia helada, todos juraron a la República Popular.

El archiduque Joseph, antiguo «homo regius», se juramentó ante el nuevo régimen, renunció públicamente al uso de sus títulos y en adelante se llamó José Alcsuti. Luego, solemnemente, Lindner declaró: «¡Y ahora no quiero ver más soldados! Invitó a los soldados a formar consejos para acelerar la desmovilización, despidió a los oficiales en masa y desarmó a las tropas que regresaban del frente. Karolyi reprochó la actividad pacifista de su ministro y, con el pretexto de una diferencia de opinión sobre los nacionalistas, le obligó a dimitir.

Bartha sustituyó a Lindner. Conservador obstinado, partidario de una poderosa organización militar, Bartha prohibió la constitución de soviets de soldados y quiso restablecer la disciplina en el ejército. Las tropas estacionadas en Budapest se levantaron y exigieron su destitución. Tras tres semanas en el poder, Bartha cedió su puesto a Boehm, un mecánico socialista, partidario del comunismo en secreto. Esto fue el 15 de diciembre. Theodor Batthyanyi, Ministro del Interior, presintiendo la proximidad de la revolución social, por miedo a la responsabilidad, siguió a Bartha a la jubilación. El socialista Vince Nagy ocupó su asiento.

La situación se estaba volviendo tan grave fuera del país como dentro. Violando el armisticio de Vilajusti que garantizaba la integridad territorial de Hungría, el ejército franco-rumano cruzó las fronteras.

Karolyi se fue a Belgrado a toda prisa para negociar un nuevo convenio. Acompañado por el socialista Bokanyi y el delegado de los consejos de soldados Czernak, se dirigió a Franchet d'Esperey. Pidió que se permitiera el paso de convoyes de alimentos para abastecer el centro del país, y que se retiraran los senegaleses y rumanos que asolaban las zonas donde estaban acampados. Franchet recibió a los delegados sin saludarlos y, mudo, les entregó el texto del segundo armisticio. Luego se fue, dejándolos solos con algunos suboficiales franceses que no conocían el magiar y un coronel serbio.

Los húngaros ejecutaron las cláusulas del armisticio y entregaron sus armas. En lugar de destruirlos, como se había decidido, Franchet regaló fusiles y cartuchos a los checos, rumanos y serbios. En contra de los acuerdos de Belgrado, los checos llegaron a avanzar hasta 100 kilómetros de la capital.

Karolyi, el 23 de diciembre, declaró que la Entente debía aceptar una paz que excluyera la aniquilación. Dejemos que los dirigentes del antiguo régimen expíen sus culpas, pero no castigemos al pueblo que sólo sufrió la guerra y no la quiso. En respuesta, el 12 de marzo, en Belgrado, el general Delobit exigió, en nombre de los aliados, la formación de una zona neutral de 200 kilómetros de ancho en Hungría, con el pretexto de separar a los transilvanos de los magiares. Esta decisión no fue comunicada al gobierno de Karolyi hasta el 19 de marzo por el teniente coronel Vix, encargado de

negocios de la Entente en Budapest. Inmediatamente, los ministros, presas del pánico, ofrecieron a Karolyi su dimisión.

El 18 de marzo, los trabajadores de la fábrica Weisz Manfred de Csepel, cerca de Budapest, que habían tomado su fábrica desde noviembre de 1918, se adhirieron al Partido Comunista, llegando a ser unos 200.000. Además, decidieron entrar en Budapest en armas el 23 de marzo, para revolucionar la ciudad y echar al gobierno.

Acorralado y atacado por los generales de la Entente y por los proletarios, Karolyi dirigió una proclama a sus conciudadanos el 20 de marzo y declaró que cedía el poder a los obreros y campesinos. A instancias de los socialistas Keri y Kunfi, dejó la presidencia de la república. Este hombre que llevaba muchos meses queriendo dirigir un pueblo no tuvo el valor moral de firmar el acta de dimisión. Fue Simonyi quien la firmó.

Karolyi, un demócrata reformista, fue víctima de sus propios actos. Este político no quiso entender que sólo el pueblo es capaz de juzgar su propio destino, y que en una revolución, sólo los gestos extremistas tienen algún impacto. Su dilación, sus medias tintas, su necesidad de complacer tanto a los explotadores como a los oprimidos, su secreta simpatía por la burguesía y sus declaraciones demofílicas despertaron sucesivamente el descontento de los trabajadores y de los capitalistas.

Un gobierno republicano que dice estar dispuesto a hacer feliz al pueblo y mantiene, bajo un disfraz hipócrita, instituciones autoritarias sólo puede sobrevivir y desarrollarse convirtiéndose, como en Francia, en el juguete de una oligarquía militar y financiera. Karolyi suprimió y luego restableció el ejército; lo desorganizó. Perjudicó a los terratenientes antes de reclamar su apoyo. De esta manera, había roto su apoyo. Cayó como debe caer inevitablemente el parlamentario que quiere lograr la paradoja de unir fuerzas económicas y sociales opuestas.

El 21 de marzo, la Asamblea Nacional Republicana celebró su última sesión. El presidente Hock, recordando la actividad de esta asamblea durante la colaboración de republicanos y socialistas, pronunció la oración fúnebre del régimen: «Habiéndose implantado un nuevo sistema social en Hungría», dijo, «la asamblea ya no tiene motivos para continuar su trabajo. Su continuación ya no responde a las exigencias del régimen actual. Nuestra organización política ha fracasado por completo. Dejemos el campo libre a la actividad del proletariado.



II. LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

En la noche del 21 de marzo de 1919, Bela Kun y sus compañeros fueron arrancados de su prisión por la multitud. Los trabajadores ocuparon los principales barrios de la ciudad; los comités de empresa se reunieron y proclamaron la dictadura del proletariado. ¡La dictadura del proletariado!

Una afirmación susceptible de diversas y contradictorias interpretaciones.

Algunos ven esta «dictadura» como una afirmación del pueblo de su perfecta madurez y emancipación. Por lo tanto, suponen la existencia de masas trabajadoras que han alcanzado un grado notable de educación económica, que poseen una ideología común e intereses similares, y que son capaces de asumir la gestión de las fábricas y satisfacer sus demandas de consumo. Una dictadura así está absolutamente libre de elementos autoritarios. Marca la llegada del mundo del trabajo. Al demostrar su voluntad de establecer su dictadura, los húngaros pretendían demostrar que se consideraban capaces de restaurar y desarrollar la economía de su país.

Sin embargo, incluso en los países anglosajones, donde el valor intelectual y técnico de los trabajadores es evidente, no se encuentran multitudes de trabajadores homogéneos con iniciativa colectiva. Debido a la falta de comprensión de los procesos taylorianos, el trabajador reducido al uso de una máquina especializada tiene una educación lamentable. Además, los proletarios ya no comparten la unidad ideológica ni los intereses comunes. Dividido entre el reformismo, el bolchevismo o el nacionalismo, el sindicalismo, olvidando su origen, su filosofía, sus tendencias, está cayendo en la decadencia. Para ser más insidiosos, la hostilidad entre los trabajadores intelectuales y los manuales está resultando más peligrosa que nunca. El asalariado, que no teme las largas jornadas de trabajo fácil y tiene apetitos mediocres, vive a la espera de la jubilación

que le concederá el patrón; condena las reivindicaciones de los obreros, que, por miedo al paro y a los accidentes laborales, exigen la jornada de ocho horas y salarios elevados.

En tales condiciones, que además no existían en Hungría en 1919, para realizar una dictadura del proletariado es inevitable recurrir a la dictadura personal; obtener la sumisión absoluta de las masas heterogéneas, carentes de audacia revolucionaria; lograr, en expresión de Lenin, la subordinación de la voluntad de los miles a la voluntad de uno. Los trabajadores que teóricamente se administran a sí mismos se convierten en presa de individuos que, bajo un exterior populista, poseen las ansias de poder y los atributos de los capitalistas. Los anarquistas se oponen enérgicamente a esa tiranía.

La «dictadura» del proletariado magiar se diferenciaba así en lo esencial del bolchevismo ruso. Bela Kun lo reconoció: «La dictadura no significa el uso de la violencia, sino la simple toma en mano por parte del pueblo de los instrumentos de producción. Y para demostrar que las personas y los bienes no pertenecían a una minoría política, el aparato del régimen se basaba en la conexión de los consejos económicos.

Las oficinas, comités y consejos rurales y urbanos se ocupaban de la formación, distribución y consumo de la riqueza en sus ámbitos. Los consejos distritales y

departamentales administraban sus circunscripciones y designaban delegados, con mandato imperativo, al Congreso Nacional. Todos los trabajadores sindicalizados de ambos sexos domiciliados en Hungría, independientemente de su confesión, raza o nacionalidad, de 18 años de edad, participaron en las elecciones comunales, regionales y nacionales. El 7 de abril se celebraron las elecciones de representantes al Congreso Nacional de Consejos. La participación fue considerable.

En la capital y en las ciudades comarcales, los trabajadores acudieron a las urnas en comitiva. En Budapest, los comunistas obtuvieron la mayoría de los votos: fueron elegidos 780 candidatos revolucionarios. El Congreso se inauguró el 14 de junio; los consejos locales y regionales enviaron un delegado por cada 5.000 habitantes.

El Congreso poseía la autoridad suprema. Provisionalmente, conservó los atributos políticos con sus virtudes económicas. Obtuvo así la licencia para determinar los límites de la república, para llamar al pueblo a las armas, para modificar la constitución en una dirección más comunitaria. Entre sus sesiones, se reunía permanentemente un Consejo Ejecutivo Central nombrado por él y compuesto por 150 miembros. El Consejo Central repartió el trabajo entre las comisarías especializadas, que posteriormente se reunieron en un Consejo Económico, a excepción de las comisarías de asuntos exteriores, armamento y minorías no indígenas. El 24 de junio de 1919,

tres meses después del establecimiento de la Comuna, se creó el Consejo Ejecutivo Central.

Alexander Garbai se convirtió en su presidente. Este antiguo director del sindicato de trabajadores de la construcción se afilió al partido socialista muy joven. Karolyi, que se había convertido en el jefe de la República Popular, le encomendó la tarea de nacionalizar la producción. Garbai cumplió tan bien su tarea que, bajo la presión de la burguesía industrial, Karolyi quiso deshacerse de él en vísperas de la revolución. Tras la caída de los Consejos, huyó a Viena, donde pronto organizó el ilegal Partido Socialista Independiente. Eugene Varga, George Nyiszlor, J. Lengyel, Franz Bajoky fueron adscritos como comisarios a la Presidencia del Consejo. Bela Kun se encargaba de los asuntos exteriores; Eugene Landler, de los transportes; Varga, de las finanzas, etc. Los consejos regionales de los sajones, eslovacos y transilvanos no pudieron elegir a sus propios comisarios debido a la ocupación de sus regiones por los aliados, por lo que Henri Kalmar y Auguste Stefan conservaron la función de comisarios de las nacionalidades.

Pronto, después de que se produjeran algunas manifestaciones reaccionarias a instigación de los franco-romanos, hubo que nombrar un comisario para reprimir las maniobras contrarrevolucionarias en el interior del país. Tibor Szamuely fue nombrado.



Tibor Szamuely

Tibor Szamuely aparece para quienes no conocen la política húngara, sino las leyendas de la historia de Hungría, como un verdugo ávido de placer, ávido de sangre, aquejado de vicios extranaturales, torturador alcohólico y pederasta. No hay nada más absurdo que esta imagen. Y personalmente, consideramos que Szamuely es una de las figuras puras del comunismo magiar.

La refinada elegancia de Szamuely se combinó con su habitual afabilidad y perfecto tacto. Lo que llamaba la atención de su rostro eran los ojos extremadamente suaves, nublados de melancolía bajo los profundos arcos de sus cejas, y las mandíbulas duras y decididas, firmemente adheridas a su cráneo. El mayor de una familia judía de cinco hijos, se convirtió en periodista tras sus estudios

universitarios. La lectura de las obras de Szabo y Batthyany le animó a meditar sobre las causas económicas y morales del desamparo del proletariado: se afirmó libertario. Fue movilizado y enviado al frente ruso. La noche de su llegada a las trincheras, desertó. En 1918, visitó a Kropotkin en el pueblo de Dmitri, cerca de Moscú, donde el sociólogo vivió hasta su muerte. En Moscú, Szamuely organizó, junto con Kun, un grupo comunista de soldados prisioneros húngaros.



Kassak

En noviembre, regresó a Hungría y animó a sus compañeros libertarios a unir fuerzas con el joven Partido Comunista. En diciembre, instigó una revuelta en Nyiregykaze; uno de sus hermanos resultó gravemente herido en la pelea. Un mes después, en Satoraljaujhely, intentó expulsar a las autoridades republicanas. Fue

detenido y consiguió escapar. Se escondió durante algún tiempo en la casa del escritor anarquista Kassak, director de la revista *Ma*. Desde allí consiguió ponerse en contacto con los consejos de fábrica de Csepel y preparar con ellos el movimiento del 23 de marzo, que precedió a la abdicación de Karolyi.

Cuando se buscaba un hombre para reprimir los disturbios en el interior del país, Szamuely experimentó una crisis moral. Los consejos nombrarían sin duda a algún individuo violento que masacraría sin piedad a los alborotadores y a los seguidores involuntarios. La Comuna se mancharía así de sangre. El amable Szamuely no dudó. El que solía llevar a los niños pobres a retozar en las orillas floridas del lago Balaton, el que sólo disfrutaba de la sociedad de los niños y las mujeres jóvenes, quiso cargar sobre su cabeza la vergüenza y el descrédito que el terrorismo podía acarrear al régimen. El «niño», como le llamaban sus amigos, se convirtió en el «maldito Szamuely» de la burguesía. Pero deseando evitar el asesinato, Szamuely decidió asustar a la gente, mostrar el poder del proletariado, y no arruinar estúpidamente los cuerpos. En cinco meses, sólo 129 personas fueron ahorcadas o fusiladas en territorio magiar, y sólo 48 de ellas por orden de Szamuely.

Otto Corvin, el organizador de los motines de 1917, llevó a cabo la búsqueda política. Fue detenido por los blancos, a pesar de las citaciones, y se negó a decirles dónde habían ido sus compañeros. Para sacarle una confesión, se le quemó el

sexo con un hierro al rojo vivo y se le ahorcó. Corvin tenía 24 años.

Alexander Krammer asistió a Szamuely y Corvin. En agosto de 1919, huyó a Serbia; organizó huelgas y fue buscado por la policía serbia. Se cambió el nombre, pero conoció y se enamoró de una joven aristócrata rusa, con la que inició un matrimonio. Después de un año de matrimonio, una noche le confió su secreto a su amiga, ligeramente borracho. Ella, cuyo odio por los comunistas era más fuerte que su afecto por su amante, lo denunció. Entregado por los gendarmes yugoslavos a las bandas de Horthy, Krammer pereció a la edad de 23 años, ahorcado.

<https://filmhiradokonline.hu/player.php?id=5252>

Hijo de un gendarme, Joseph Cserny fue sargento de la marina durante la guerra. En 1918, bajo su dirección, los marineros de la flota de Cattaro se rebelaron. Cserny fue enviado a prisión. Durante la Revolución de Marzo, Szamuely le invitó a formar una tropa de guardia con los antiguos amotinados de Cattaro. Estos soldados, «los chicos de Lenin», fueron destinados a los palacios de las familias Batthyanyi y Hunyady. Para captar la imaginación de la burguesía, cubrieron las paredes de estas casas con un gigantesco cartel que representaba a un dragón saltando desde un nido de alfanjes hacia las palabras TERROR, cuyas

letras estaban dispuestas verticalmente. Diez cañones de 75 mm, cinco de 150 mm y 20 ametralladoras defendían el acceso al cuartel. Los «chicos», completamente vestidos, con gorras y botas de cuero, llevaban dagas, revólveres y granadas. Sólo utilizaron sus armas en la siguiente circunstancia: los franco-serbios enviaron tres monitores para bombardear el Hotel Hungaria de Budapest, la residencia de los comisarios del pueblo. Mientras tanto, los oficiales de artillería y los cadetes de la Academia de Ludovica intentaron ocupar el Cuartel General de Telégrafos. Dispuestos en filas de escaramuzadores, abrieron fuego contra la multitud extendida por las calles.

La sorpresa fue general; la milicia no estaba al completo, los trabajadores se quedaron en casa. Algunos miembros de las juventudes comunistas y del grupo anarquista se precipitaron a las armerías, donde sólo se les suministraron fusiles de mala calidad; algunos milicianos, al oír la pelea, se unieron a ellos; los artilleros, tras un momento de estupor, lograron apoderarse de sus líderes. Los cadetes seguían resistiendo.

Joseph Haubrich, obrero metalúrgico, ascendido a su pesar a comandante de las tropas de Budapest, era un tolstoiano. Para evitar el derramamiento de sangre, envió varias delegaciones para advertir a los cadetes que si se negaban a rendirse, sus cuarteles serían inmediatamente bombardeados. Las delegaciones volvieron, pero fueron rechazadas, y los cañones de Haubrich no dispararon.

Durante casi cuatro horas, cadetes y revolucionarios habían estado parlamentando, cuando de repente aparecieron veinte «chicos», dirigidos por Cserny.

Después de una última advertencia, abrieron las puertas de la academia con granadas. Inmediatamente los cadetes, de los cuales sólo dos fueron heridos, se rindieron. Los profesores y alumnos fueron indultados, excepto el capitán Eugene Lemberkovics y el teniente Désider Filipecz, a quienes el tribunal condenó a muerte. A petición del teniente coronel Romanelli, representante de la Entente, sus condenas fueron conmutadas por penas de prisión temporal. Así terminó el motín más grave de la Comuna.

El 2 de agosto, Szamuely viajaba por el distrito de Oedenburg; se enteró del avance de los aliados hacia Budapest. A continuación, se dirigió al presidente del consejo de trabajadores de Savanyukut para que le confirmara la noticia. A petición de este hombre, se dirigió a la frontera austriaca, bajo la dirección de un comerciante de ganado, Barna. Barna, abandonando a su compañero en el camino, se apresuró a volver a Savanyukut, informó a un blanco, Zoltan Sumgi, de la fuga de Szamuely, telefoneó al jefe de la policía de fronteras, que el terrorista estaba en su demarcación. El comandante ordenó que se cerrara la frontera, y cuando Szamuely estaba a punto de cruzarla, fue detenido por los gendarmes Joseph Salatek y Wenzel Schwartz, que le rompieron el cráneo con la culata de su fusil. En una versión oficial, afirmaron que Szamuely había

tomado un pañuelo de encaje que ocultaba un revólver y se había suicidado. Los campesinos de Savanyukut, inspirados por la leyenda del «torturador», desenterraron el cadáver que estaba en el cementerio del pueblo, le cortaron los miembros y los esparcieron por los campos.

Desde diciembre de 1918, todos los anarquistas húngaros se habían unido al partido comunista. Una vez agrupados en la Unión de Socialistas Revolucionarios, luego en el Círculo Galileo, al unirse en la nueva institución esperaban facilitar el establecimiento de una sociedad libertaria tan diferente de la república democrática como del cuadro marxista. Kogan, abogado rumano, fusilado por los bolcheviques rusos en 1925, Szamuely, Corvin, Kransz, el redactor jefe del periódico anarquista Tarsadalmi Forradalom, Csizmadia, el poeta rústico, el psicólogo Varjas, el esteta Lukacs, todos vieron en este movimiento una fuente de fuerzas revolucionarias capaces de derrocar la organización capitalista. Cuando, en marzo, se instauró el régimen proletario, algunos anarquistas consideraron su deber asumir una responsabilidad efectiva, participar en el curso de la actividad económica del país; se convirtieron en comisarios del pueblo, en delegados del consejo. Entonces se produjo una división entre los libertarios. La minoría, con Krausz, Bojtor y Kogan, se negó a apoyar el régimen, y para demostrar que ya no tenían el mismo programa ni utilizaban los mismos métodos que el partido comunista, fundaron una Unión Anarquista autónoma, cuya sede se ubicó en el

requisado Palacio Almassy. Kogan y Bojtor criticaron ferozmente la actuación de algunos administradores o comisarios, como Bela Kun; fueron encarcelados, pero sus compañeros colaboracionistas consiguieron su liberación.

Algunos partidarios de la política de apoyo cambiaron su línea de conducta y, tras muchas evasivas, se unieron a los almassistas: Csizmadia dejó su puesto en el Departamento de Agricultura, mientras que Lukacs, Corvin y Szamuely perseveraron en su puesto original. A pesar de estas diferencias, nunca hubo peleas en los círculos libertarios durante la Comuna que fueran causadas por discusiones personales.

Los colaboracionistas conservaron la estima de los partidarios de la autonomía; Corvin, que no compartía la actitud de la Unión hacia el régimen, le dio sin embargo su apoyo; proporcionó salas de reunión, facilitó la instalación de una biblioteca y apoyó las publicaciones periódicas.

La influencia de los anarquistas se hizo patente durante la Revolución, especialmente en la solución de los problemas agrarios y financieros estudiados con detalle por los emuladores y discípulos de Ervin Szabo y Batthyanyi. Después de la derrota, los libertarios que permanecieron en Hungría, que no quisieron cesar su propaganda, a pesar del envilecimiento universal, se unieron a los círculos gnósticos, instituidos hacia 1900, por el tolstoiano Eugene Schmidt.

En las sombras, ilegalmente, lucharon. Intentaron poner a los cautivos de los campos de concentración en comunicación con el mundo exterior; publicaron folletos e incluso un periódico mimeografiado, Uj Vilag. En 1924, cuando la intensidad del terror parecía disminuir, penetraron en los sindicatos y las cooperativas e intentaron formar, con otros elementos socialistas, el Partido Obrero Social–Libertario Húngaro. Pero los principales militantes no tardaron en ser perseguidos, incautados y encarcelados. Tuvieron que reanudar su actividad secreta.

Nada más ser liberados, el 21 de marzo de 1919, los dirigentes comunistas, ya aliados con los libertarios, negociaron con los delegados del ala izquierda socialista, para dar forma a la unidad de las fuerzas revolucionarias. El pacto de entendimiento se estableció fácilmente y se formó el partido socialista unificado. El 12 de junio, en la antigua Cámara de Diputados, ante 827 delegados, Garbai recordó la alianza realizada entre anarquistas, marxistas y neocomunistas y las profundas modificaciones introducidas en el programa colectivista. El profesor Sigismund Kunfi declaró que la vieja y tradicional socialdemocracia había muerto, que se estaba desarrollando un mundo despojado de instituciones autoritarias, que las nuevas concepciones debían ir acompañadas de una organización original, incluso en la política. Para dejar claro su punto de vista, exigió que la alianza de las izquierdas no formara un partido socialista unificado, que aparentemente abarcara tres tendencias,

sino la Unión de Trabajadores Comunistas de Hungría. Finalmente, los delegados aprobaron por unanimidad el programa y los métodos de esta institución.

Sólo durante la Comuna, tras su secesión, los anarquistas tuvieron una asociación política autónoma, ya que todos los demás partidos habían desaparecido o se habían fusionado con la Unión de Trabajadores Comunistas.



III. LA COMUNALIZACIÓN DE LOS BIENES DE CONSUMO

La primera tarea del régimen comunalista es monopolizar los bienes de consumo para poder satisfacer las demandas del proletariado lo antes posible. La tendencia a suprimir el comercio privado se manifiesta ya en nuestra sociedad con la fundación de cooperativas de abastecimiento dirigidas por los consumidores en su propio beneficio o con la institución de mostradores dirigidos por productores capitalistas.

Después de haber puesto en contacto inmediato a los fabricantes y a los usuarios, la Comuna, mediante la expropiación, hace entrar en el patrimonio colectivo las riquezas que antes estaban en manos de los particulares. La tarea de distribuir estos bienes recae entonces en las organizaciones que, permaneciendo bajo el control directo de la Sociedad, están en condiciones de conocer y satisfacer las más mínimas necesidades de cada persona: las oficinas de la cooperativa.

La supresión radical de las transacciones privadas es una medida indispensable si se quiere evitar el despilfarro de las mercancías, o su monopolización por parte de la burguesía, gracias a la fuerza adquisitiva del dinero en efectivo o de los valores que aún posee.

Un antiguo administrador de una cooperativa de consumo socialista, Maurice Erdelyi, intentó organizar la distribución de productos durante la Comuna, en su calidad de comisario. Su primera medida consistió en la comunalización de los comercios mayoristas o minoristas que emplean, el 21 de marzo, a más de diez personas. A partir de entonces, estos establecimientos fueron gestionados, bajo el control del comisariado de producción, por gestores nombrados por el personal.

A continuación, se realizó un inventario de las existencias de materiales almacenados. La operación duró dos semanas, durante las cuales todos los comercios, a excepción de las

tiendas de comestibles cooperativas, tuvieron que cerrar sus puertas. Por último, había que distribuir metódicamente los productos de forma comunitaria y concentrar el comercio.

En Budapest, había una gran cooperativa de consumo con unas doscientas oficinas en los distintos distritos. Naturalmente, se designó para asegurar la distribución. Pero en las provincias, el movimiento cooperativo nunca se había expandido y no contaba con una organización comercial de interés.

Erdelyi y sus colaboradores se vieron así obligados a instituir rápidamente un servicio de abastecimiento lo suficientemente concentrado como para reducir al mínimo los gastos falsos y lo suficientemente descentralizado como para satisfacer la diversidad de necesidades en los lugares más remotos. En cada centro, intentaron establecer una tienda comunal bien surtida con el monopolio del comercio en un radio determinado por los interesados. Las oficinas de abastecimiento no tardaron en entrar en funcionamiento. Había oficinas de material que suministraban a las fábricas productos en bruto o semiacabados. Las oficinas de ropa, muebles y verduras se organizaron siguiendo el modelo de nuestras empresas multisectoriales.

Pronto surgió una dificultad: debido a la escasez de materiales, algunas oficinas, principalmente las de alimentación, no podían satisfacer plenamente la demanda. Por lo tanto, se utilizó el racionamiento, al igual que durante

la guerra, pero con mayor rigor. En primer lugar, se atiende a los ancianos, a las mujeres embarazadas y a los enfermos; después, a las esposas e hijos de los soldados comprometidos en el frente, previa presentación de un certificado que acredite su condición; por último, a los milicianos y a los trabajadores sindicados.

Una vez que toda la población sana se ha unido a los sindicatos, los consumidores se dividen en cinco clases según su fuerza física, edad, conocimientos, aptitudes y necesidades.

Sin embargo, paralelamente a las oficinas de suministro, se creó otra organización. Durante las hostilidades y la República, tanto en cada fábrica como en cada oficina, los trabajadores habían fundado sociedades de amistad para realizar compras conjuntas. Después del 21 de marzo, estas asociaciones se transformaron en comités de distribución. El consejo de taller u oficina encargaba a hombres de confianza la tarea de recibir de los organismos competentes cantidades de bienes, principalmente antiguas existencias militares, que distribuían entre los empleados sin desembolsar dinero en efectivo. Los obreros metalúrgicos de Csepel recibían cada semana un ganso y verduras para ellos y sus familias. Además, a instancias de Varga, se crearon restaurantes cooperativos en importantes establecimientos donde se alimentaba a los trabajadores de forma gratuita.

Durante el régimen comunalista, las ciudades se abastecían abundantemente de patatas, coles, calabazas y kash. La carne se distribuía dos veces por semana. Para un sindicalista era tan fácil conseguir ropa que se producía un tráfico condenable: para disponer de ciertos alimentos selectos que no se podían adquirir fácilmente en las oficinas, salvo para los enfermos (huevos frescos, manteca de cerdo, etc.), los trabajadores pedían uno o dos trajes por quincena que compraban en secreto a los campesinos que abastecían las oficinas.

Estos últimos, que obtienen una ventaja considerable de dicho comercio, ya no abastecen regularmente a los centros comunales. El resultado fue un malestar en la distribución, que rompió el equilibrio. Los ancianos y los debilitados no podían ser alimentados adecuadamente por su condición; los antiguos jornaleros y sirvientes, partidarios del régimen en el campo, se veían perjudicados en favor de los dirigentes de los sindicatos agrícolas, encargados de la custodia de los alimentos de la comunidad, que utilizaban indebidamente en su propio beneficio.

El aviso nº 15, emitido por la Comisión de Bienestar Social, regulaba la comunalización de las viviendas. Cada casa elegía su consejo de funcionamiento y nombraba a un hombre de confianza. Este último, con la ayuda de voluntarios, realizó un inventario local de los pisos vacíos o incompletos. A los inquilinos sólo se les permitía una habitación por adulto, y los pisos disponibles se asignaban inmediatamente a los

necesitados. Trescientos mil trabajadores cambiaron de domicilio o se instalaron en las antiguas viviendas de la burguesía. Además, se decidió que los alquileres serían cobrados por el hombre de confianza, que los cobraría en nombre del consejo de explotación, y se pagarían a la oficina de impuestos de la Comuna. Pero el cobro de las rentas se posponía constantemente. Y la política monetaria de los comunistas hizo totalmente inútil esta resolución, que se había tomado sólo para apaciguar a los elementos democráticos de los Consejos.

Después de haber proporcionado, en gran medida, pan y refugio a los trabajadores, el régimen comunista pretendía satisfacer las necesidades de lujo. Se crea un Consejo de Producción Literaria y Educación Pública. Alexander Szabados, Sigisznond Kunfi, George Lukacs y Tibor Szamuely fueron sus miembros. Más tarde, Szamuely abandonó el Consejo para desempeñar el papel de terrorista, lo que le situó en el ámbito de la leyenda.

Szabados era un periodista de talento y un marxista intransigente. Los blancos lo condenaron a trabajos forzados de por vida. Fue canjeado en 1920 por oficiales húngaros prisioneros de los rusos.



George Lukacs

Georges Lukacs, hijo de un banquero de Pestoís, es considerado un notable esteticista. Miembro correspondiente del Instituto de Leipzig, antes de la guerra ganó un premio de la Academia Húngara por su trabajo sobre la Evolución del Drama Moderno. Individualista, se mantuvo alejado del movimiento revolucionario durante mucho tiempo.

Pero en 1917 y 1918, alentó la actividad de los antimilitaristas y, bajo el gobierno democrático, se unió al naciente Partido Comunista. De una rara esbeltez, el arco de los hombros doblándose bajo el peso de la cabeza, el fino cabello echado hacia atrás desde la frente, los ojos miopes, el correcto atuendo de un pequeño funcionario jubilado, Lukacs, durante la Comuna, recorrió incansablemente las fábricas, el campo, las trincheras, alabando las bellezas del

régimen. Detenido por los reaccionarios en agosto de 1919, juzgado y condenado a la pena máxima, se salvó gracias a la enérgica presión de los universitarios angloamericanos sobre las autoridades magiares.

El Dr. Kunfi enseñaba en la Escuela de Comercio cuando Apponyi lo despidió en 1909 por su libro *El crimen de nuestra educación pública*. A continuación, se incorporó a la redacción de *Nepszava*, y más tarde fundó una revista, *Socialismo*. Representó al Partido Socialista Húngaro en la Conferencia Internacional de Berna. Durante la Comuna, dirigió el comisariado de educación pública. Kunfi y sus amigos, para aumentar, con su capacidad intelectual, el poder de producción y el apetito de supremacía de los trabajadores, se plantearon transformar las condiciones de higiene social y renovar la educación.

El segundo decreto promulgado por los comisarios prohibía la apertura de establecimientos de bebidas, bajo pena de una multa de 50.000 coronas. El consumo de alcohol estaba prohibido, y los infractores eran castigados con un mes de prisión. Tibor Szamuely tomó personalmente la iniciativa de realizar un censo de baños municipales y privados. Invitó a los niños a lavarse todo el cuerpo una vez al día en los baños comunales. Los miembros de confianza de la casa y los pedagogos hacían cumplir estrictamente estas normas.

En cines especiales, los jóvenes de trece años eran obligados a ver el curso de las enfermedades venéreas, que eran comentadas por los médicos. Se expusieron los medios para preservarse del azote; y estas visiones impresionaron tanto a los espectadores que pronto se observó un refinamiento de la limpieza en el aseo íntimo y en los modales.

A partir de los catorce años en el caso de las mujeres, y de los dieciséis en el de los hombres, sin necesidad del consentimiento paterno, tras un examen médico, los individuos podían unirse. No se requerían más trámites que la inscripción de los nombres y las cualidades en el registro de la Comuna. El divorcio, que pasó a ser unilateral, se producía en 24 horas. De este modo, se estableció la unión libre. Había que esterilizar a los enfermos y a los locos. Se autoriza el aborto, siempre que se realice en hospitales, para aplicar escrupulosamente las normas de higiene y reducir el sufrimiento de los sujetos. Los niños cuyos padres no querían o no podían cuidarlos eran confiados a las guarderías comunales.

La educación escolar cambió por completo. Las Facultades de Jurisprudencia y Teología fueron cerradas. Se quemaron libros de instrucción religiosa y de historia política. La enseñanza de la biología sustituyó a la del catecismo. Durante cuatro semanas los profesores asistieron a cursos especiales en los que se les expuso brevemente la ideología comunista. Por encima de todo, se procuraba inculcar a los

niños el gusto por el trabajo manual, además del intelectual. Un exeat emitido después de un determinado periodo de estudio sustituyó a los exámenes que se consideraban inútiles. Los alumnos nombran un consejo de clase, encargado de mantener el orden en lugar del profesor.

Los teatros, museos, cines y conciertos se nacionalizan o comunalizan, según su importancia. Presentando el carné sindical, todo el mundo podía asistir a un espectáculo. Al mismo tiempo, bajo el impulso de Szabados, aumentó la publicación de libros. Por término medio, se publicaban dos libros diarios. El precio de compra de los volúmenes seguía siendo el mismo que antes, pero los salarios habían aumentado entre diez y doce veces, de modo que los volúmenes se adquirían casi gratis. Se publicaron traducciones de los mejores escritores franceses, rusos y alemanes. La actividad intelectual durante el régimen comunalista alcanzó su punto álgido.



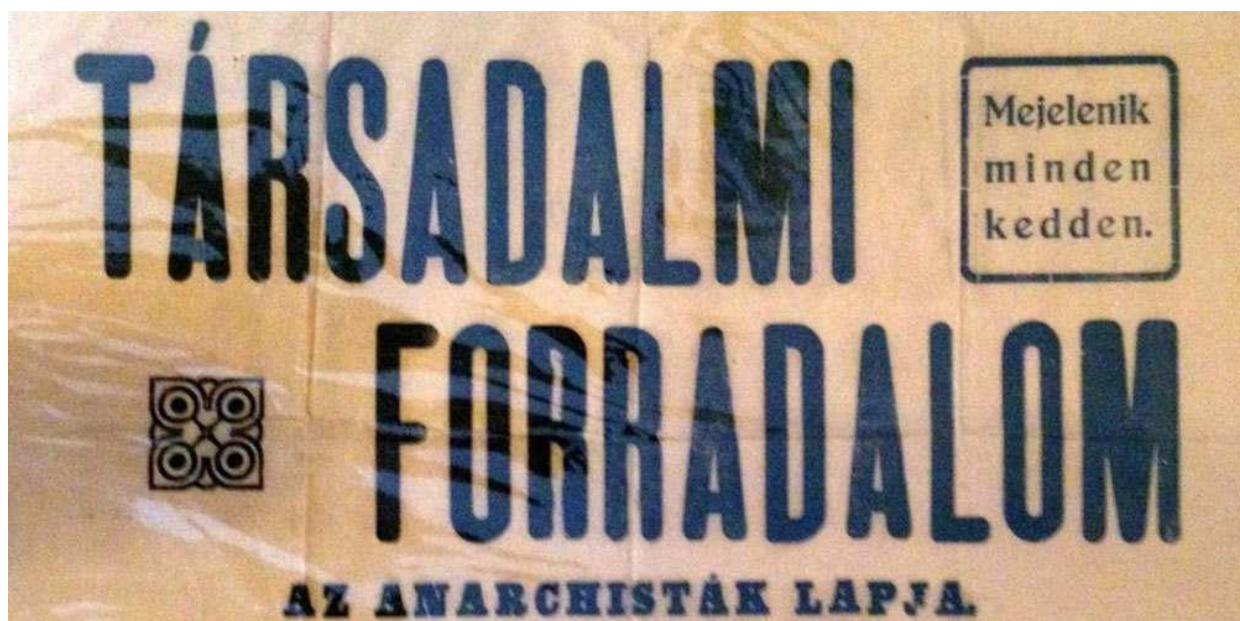
IV. PRODUCCIÓN INDUSTRIAL

Desde el momento de su constitución definitiva en 1890, el partido socialdemócrata, fundado por austriacos o magiares germanizados, pretendía basarse en los principios marxistas más ortodoxos y se declaraba únicamente un instrumento de clase destinado a derrotar, sin falta ni compromiso, al capitalismo nacional. A pesar de sus afirmaciones, apelaba constantemente a la burguesía y, para adquirir algunos escaños parlamentarios o municipales para sus miembros, no temía aliarse a veces con los radicales y

demócratas de las ciudades, como el ministro Kristoffy, y a veces con los agrarios hostiles a la socialización de la tierra.

En sus manifestaciones, los socialistas se declaran internacionalistas y partidarios del derecho de las minorías a la autodeterminación. Sin embargo, para ganarse la simpatía de los comerciantes y la pequeña nobleza, antes y durante la guerra se pusieron del lado de los chovinistas. Sin tener en cuenta el miserable destino de las nacionalidades, abogaban por el centralismo administrativo, la preponderancia de Budapest y de los intereses húngaros sobre las ciudades de provincia y las necesidades de las razas subyugadas.

Frente a estos revolucionarios de antesala estaba el conde Ervin Batthyany. Batthyany, que se había hecho amigo de Kropotkin, fue el instigador del movimiento anarquista húngaro contemporáneo. Como propietario de enormes fincas en Panonia, distribuyó sus tierras entre los jornaleros y compartió su vida durante un tiempo. Publicó una revista libertaria *Terstverség* (Hermandad) en la ciudad de Szombathely. En su propaganda, entendiendo que el anarquismo, para realizarse, debe apoyarse en todas las manifestaciones sociales renovándolas, se rodeó de sindicalistas, cooperativistas y comuneros. En 1907 se trasladó a Budapest, donde creó un semanario, *Társadalmi Forradalom* (La Revolución Social) que, con distintos nombres, vivió hasta la caída del régimen del Consejo.



Para apoyar las necesidades financieras de este órgano y aumentar su agitación de manera científica, se organizó en Hungría la Unión de Socialistas Revolucionarios, que decía seguir los principios establecidos en el Congreso Anarquista Internacional de 1907, y cuyos miembros se unieron más tarde al Círculo Galileo. La Revolución Social entró en violento conflicto con el *Nepzava*, el diario oficial del partido socialista, contra el que también se levantaron los comunistas en 1918–1919. Los socialdemócratas querían subordinar la actividad de los sindicatos a la de su partido y obligar a los miembros de las organizaciones obreras a afiliarse a sus secciones políticas.

El primer congreso sindical húngaro se celebró en 1899. El Comité de Iniciativa, nombrado provisionalmente, pide la federación de los gremios artesanales y la apertura de oficinas de empleo. Más tarde, cuando se coordinó el movimiento sindical, se nombró un Consejo de once

miembros para asistir a los sindicalistas en los tribunales, elaborar estadísticas laborales, publicar periódicos corporativos y preparar congresos. Las federaciones siguen siendo totalmente autónomas en su círculo corporativo, pero en sus relaciones con los demás sindicatos están sometidas a las decisiones del Consejo, que cinco inspectores se encargan de hacer cumplir.

Los sindicatos, a menudo disueltos por orden del gobierno, se transformaron entonces en sociedades secretas. Y esta metamorfosis fue tanto más fácil de conseguir cuanto que los sindicatos autorizados, que no estaban obligados a tener fondos de huelga, estaban siempre unidos a una organización clandestina con una tesorería que escapaba al control policial. El poder del sindicalismo húngaro creció rápidamente. En 1902, los sindicatos industriales contaban con diez mil miembros. Tres años más tarde, el número de sus afiliados alcanzaba los 53.169, aumentó sucesivamente de 136.000 en 1910 a 159.884 en 1917, 721.437 en 1918 y 1.421.000 durante la Comuna.

Pero en aquella época, los sindicatos no sólo incluían, como en el pasado, a los trabajadores de las industrias pesadas (hilanderías, ingeniería mecánica, construcción), sino a los de todas las industrias excepto la agrícola. Así, los gremios y los sindicatos de niñeras convivían con los de tejedores y ferreteros. Este aumento del número de sindicalistas se explica por la tendencia de los comunistas a interesarse únicamente por los trabajadores organizados.

Bela Kun dijo al respecto el 14 de mayo de 1919: La maquinaria de nuestra industria se basa en los sindicatos. Estos últimos deben emanciparse aún más y transformarse en poderosas empresas que incluyan a la mayoría, y luego a todos los individuos de la misma rama industrial. Como los sindicatos participan en la gestión técnica, su esfuerzo tiende a captar lentamente todo el trabajo de gestión. De este modo, garantizan que los órganos económicos centrales del régimen y la población trabajadora trabajen en armonía y que los trabajadores se acostumbren a la conducción de la vida económica. Esta es la forma más eficaz de aniquilar la burocracia de la organización. El sindicalismo nunca ha tenido la importancia que tiene hoy. Su naturaleza no es política; su misión será organizar y controlar la producción. Puede llegar a un desarrollo extremo. Además, ha adquirido una extensión considerable desde octubre de 1918.

Ervin Szabo, conservador de la Biblioteca Municipal de Budapest, fue el teórico del sindicalismo libertario. Como traductor de las obras de Marx, comprendió la nocividad de las tendencias políticas y la filosofía materialista del sociólogo alemán. Interesado únicamente en la organización económica, quiso inculcar en el movimiento sindical una inclinación anarquista, el gusto por la violencia metódica. Su principal tarea fue la educación idealista de los trabajadores, a los que enseñó a luchar no sólo por una mejora de su suerte, sino también por el control total de la producción y

la distribución de la riqueza, Szabo se opuso a los predicadores reformistas del sindicalismo. Les reprochó que se ciñeran a la letra del Capital, que fueran oportunistas y parlamentarios. Les reprochó que obedecieran ciegamente las decisiones socialistas y que no se interesaran por las cuestiones sociales, que exigieran el sufragio universal y que no se indignaran ante los abusos de los empresarios.



Ervin Szabo.

Ervin Szabo murió durante la República de Karolyi. Sus seguidores, los anarcosindicalistas, se unieron al partido comunista. Fueron ellos los que exigieron la desaparición del dinero capitalista en sus diversas formas de las relaciones comerciales dentro del país. Simplemente querían que en el período posrevolucionario, cada trabajador pudiera obtener en las tiendas de venta los objetos necesarios para su

mantenimiento con la sola presentación del carné sindical. Esperaban, por este medio, obligar a los burgueses a aprender un oficio útil, a fusionarse con el proletariado organizado y, al mismo tiempo, quitar a los trabajadores su confianza ciega en el poder adquisitivo y productivo del dinero.

Mediante el decreto nº 9, los Consejos ordenaron la comunalización o socialización, sin indemnización para los antiguos propietarios, de las fábricas que emplearan a más de veinte trabajadores o que pudieran emplear un número similar.

Esta orden se aplicó inmediatamente. Además, los empleados de las fábricas importantes hacía tiempo que se habían apoderado de las máquinas y se habían agrupado en soviets. Un consejo obrero de tres a once miembros, según la empresa, elegido por votación directa y secreta, se encarga de la administración de la fábrica. Los trabajadores en su conjunto conservan el derecho de destituir a los delegados del consejo.

El consejo de la fábrica protegía las máquinas contra el sabotaje o el robo. Provisionalmente, mientras la economía nacional se tambaleaba, dirigía la producción. Su principal tarea era mantener la disciplina de trabajo y garantizar la aplicación de las prácticas profesionales. Debido a la inestabilidad de los delegados, no se les podía confiar toda la gestión de la fábrica. Liberados del trabajo físico, y

sustrayendo a su función una influencia que deseaban conservar para no enajenar la simpatía de los votantes, permitieron una continua relajación de la disciplina y la producción individual disminuyó. Junto a ellos estaban los comisarios de producción nombrados directamente por el Consejo Económico o por el Comisariado de Producción Social.

Eran ingenieros rodeados de la confianza de los trabajadores o trabajadores especializados ayudados por técnicos. De acuerdo con el Consejo de Fábrica, ejecutaban las decisiones técnicas de los soviets departamentales, los sindicatos o el Consejo Económico. Aseguraron la producción. Sustituyeron a los antiguos directores y tuvieron una autoridad puramente técnica. En la fábrica, representaban a la comunidad como el Consejo representaba al personal. En caso de conflicto, éstos debían seguir las órdenes de los comisarios hasta que intervinieran las resoluciones de las autoridades económicas.

Para intensificar la producción, las fábricas de la misma industria se concentraron siguiendo el modelo de los trusts estadounidenses. Estas centrales, con una dirección técnica única, compraban las materias primas, colocaban a los trabajadores y decidían las formas de actividad industrial. Para obtener los productos crudos o semielaborados que debían procesar, acudían a las Oficinas de Materiales, que al principio estaban sujetas al Comisariado de la Producción Social, pero que luego se hicieron autónomas. Estas oficinas

estaban dirigidas por un Consejo de Distribución formado por personas designadas para este cargo por los sindicatos correspondientes. Los distribuidores eran responsables ante el Consejo Económico y los sindicatos. En cada departamento, un consejo departamental regulaba la vida económica de la región, preveía las necesidades de la población, presentaba quejas a las autoridades y supervisaba la ejecución de las obras públicas.

El Consejo Económico Popular, compuesto por sesenta miembros presentados por los sindicatos, los consejos departamentales, las cooperativas de producción y de consumo, discute y resuelve cuestiones de orden nacional. Al principio del régimen, los comisarios se limitaron a continuar el trabajo y a practicar los métodos de los antiguos ministerios burgueses. Para evitar decisiones contradictorias sobre asuntos similares, el Congreso de los Consejos decidió en junio de 1919 unir las Comisarías en el Consejo Económico, del que en adelante sólo formarían departamentos. Así se establecieron los departamentos de Distribución de Materias Primas, Comercio Exterior, Producción Social, Agricultura, Finanzas, Alimentación, Transporte, Control, Construcción, Trabajo y Bienestar Social. Cuatro presidentes nombrados por el Congreso de los Soviets tenían el título de comisarios. Junto con los directores de los otros seis departamentos, componían el Directorio Económico, responsable ante el Congreso y destinado a ejecutar las decisiones del Consejo Económico.

El Directorio estaba asistido en su tarea por el Consejo de Economía Rural, compuesto por cuarenta miembros elegidos directamente por los campesinos, silvicultores y posaderos del campo, y por el Consejo Técnico, reclutado entre los artesanos especializados, los miembros de los sindicatos y las cooperativas de producción. Un albañil, Désiré Bokanyi, el secretario general del sindicato metalúrgico, Antoine Dovcsak, y Jules Hévéri fueron especialmente responsables de la producción industrial.

A pesar de esta centralización e integración económica, la producción industrial disminuyó.

En 1913, se extrajeron 10 millones de toneladas de carbón y la producción diaria de un buen minero era de 8,02 q.m. En junio de 1919, la producción diaria de un minero era de sólo 4 q.m. En 1914, Hungría suministraba una media de 20 vagones de lino al mes; durante la Comuna, sólo seis vagones. En 1915, las cervecerías produjeron 3.054.161 hectolitros de cerveza. Durante los cinco meses de la «dictadura» sólo suministraron 208.000 hectolitros. En 1919 había setenta y cinco mil trabajadores en la industria del metal, frente a unos cincuenta y cuatro mil en 1914. Sin embargo, su producción mensual en todas las ramas era sólo el 80% del nivel de antes de la guerra. Uno de los presidentes del Consejo Económico, Varga, declaró con franqueza en el Congreso de los Soviets del 15 de junio: La producción de trabajo personal ha disminuido en un 50% en comparación con los tiempos de paz. En el caso de la industria, esta

reducción alcanza el 30% en la fábrica de máquinas Lang y el 75% en la fábrica de ascensores Mathyasfold. Era menor en las empresas en las que los trabajadores sólo manejaban máquinas, como en la industria química y los molinos de harina. Las causas evidentes de esta caída fueron la movilización general de los trabajadores y la relajación de la disciplina.

Cuando, al día siguiente de la proclamación de la Comuna, se creyó necesario constituir una milicia voluntaria para proteger la Revolución de los ataques de la Entente, la élite de los trabajadores acudió al frente. Los demás formaron centurias armadas para mantener el orden en las fábricas y continuar el trabajo. El 2 de mayo de 1919, fueron las 18 centurias sindicales de Budapest las que repelieron a los rumanos de Szolnok y rompieron su primera ofensiva. Es comprensible que se redujera la producción industrial de estos hombres, que estaban alerta en todo momento y más dispuestos a manejar el arma que a manejar las máquinas.

Además, en las fábricas, los consejos, para conservar los votos de los electores, descuidaron la disciplina laboral y autorizaron la reducción de la producción mediante la reducción de las horas de trabajo. Varga observó amargamente: «Si buscamos las causas de este declive, no las encontramos en la escasez de combustible o de materias primas, sino en la supresión de la restricción capitalista. En la producción capitalista, el trabajador tenía que trabajar, porque si no producía el trabajo adecuado, lo echaban.

Ahora hemos destruido esta disciplina. Se establece un orden libremente aceptado. A pesar de esta mejora, el mal sigue existiendo. La desaparición del sistema de trabajo a destajo y la práctica del trabajo por horas también disminuyen el rendimiento de los trabajadores de élite. Demasiados trabajadores no tienen la conciencia socialista que surgirá en las próximas generaciones. Todavía no entienden que cada uno debe trabajar todo lo que pueda y consumir según sus estrictas necesidades. La fuerza y la habilidad muscular difieren de una persona a otra. Los trabajadores no practican el verdadero comunismo fraternal y libertario. Se aferran a las concepciones anticuadas del egoísmo capitalista.

Varga, para remediar estos múltiples inconvenientes, abogó por volver al sistema de pago por tarea y a las sanciones corporativas. Estos medios nos parecen insuficientes y contrarios a su finalidad.

El trabajo a destajo es un sistema autoritario e injusto, porque favorece a los trabajadores robustos en detrimento de los menos dotados. Los trabajadores son pagados según su trabajo y no según sus necesidades.

Además, hay trabajos que no se pueden desglosar. La supervisión de una máquina o la composición de un «estudio» artístico requiere un esfuerzo continuo de atención, una fijación del pensamiento difícil de detallar. Sin embargo, en los oficios en los que se realiza este análisis, los

trabajadores interesados en producir mucho en poco tiempo no prestan mucha atención a su trabajo, que carece de «acabado» en su ejecución.

Trabajando todo lo que pueden en un tiempo cada vez menor, para obtener un mayor beneficio, agotan rápidamente su salud o se disgustan con su tarea. Por lo tanto, tienden a estar voluntariamente en el paro y a dilapidar así lo que creían haber adquirido. Por el empresario que, por un salario elevado, recibe suministros mediocres y por el empleado que malgasta sus fuerzas en espera de una mejor recompensa que disfruta mal, el trabajo a destajo debe ser condenado económicamente.

Varga también recomendó el uso de diferentes sanciones empresariales, en función del grado de relajación de la disciplina laboral. Algunas de ellas, como la amonestación por parte del consejo de la fábrica, la publicación de su nombre y el cambio de destino, eran principalmente de carácter moral y sólo dañaban la reputación del individuo como artesano. Otras, como la reducción del salario, el despido de la fábrica o la exclusión del sindicato, afectaban a la propia existencia del infractor, ya que le obligaban, en el peor de los casos, a cambiar de trabajo.

Estos medios coercitivos eran delicados y desagradables. Más bien animaron a los trabajadores a rebelarse contra el régimen y a añorar la época capitalista en la que al menos se podía pasar hambre libremente.

El propio Varga reconoció la superioridad de la propaganda ideológica sobre los métodos coercitivos. Sin embargo, nunca se dio cuenta de que la propaganda sólo es un paliativo ineficaz en este contexto. Lo que debería haberse hecho durante la Comuna no fue cambiar la escala de sanciones destinadas a mantener el orden, sino cambiar el orden mismo. En lugar de una disciplina externa, autoritaria y rígida, debería haberse sustituido por una disciplina libremente aceptada por quienes la establecen.

Los comunistas deberían haber generalizado la cooperación laboral en aquellas industrias en las que se reconocía su utilidad. Incluso ahora, en la Francia burguesa, esta asociación se está desarrollando. En Alsacia, en ciertas fábricas de piezas mecánicas, en París y en el Centro, en algunas tipografías, en los departamentos de correspondencia de muchos bancos mercantiles, con el conocimiento o sin el conocimiento del empresario, los obreros se agrupan espontáneamente, se supervisan a sí mismos, distribuyen el trabajo según las cualidades de cada uno, y reciben un salario colectivo que reparten según el trabajo y las necesidades. De este modo, el trabajo se divide de forma racional y equitativa. Los individuos, liberados del yugo del capataz o del jefe de sección, realizan la tarea que han elegido voluntariamente en conocimiento de sus capacidades. La distribución juiciosa de los ingresos, realizada con el conocimiento de todos, no da lugar a los celos socarrones que surgen en las administraciones, donde

cada uno, sin conocer el salario de su compañero, se imagina que es menos favorecido que él por el jefe. Cada cooperador recibe una remuneración proporcional a sus cualidades profesionales y a sus responsabilidades individuales.

Esto tiene dos consecuencias importantes tanto para los economistas como para los anarquistas:

La disciplina impuesta voluntariamente por los cooperativistas es claramente más rigurosa que la exigida por el jefe. Es porque está en juego el interés técnico y no hay que temer las mezquindades administrativas de los supervisores contratados para ello. La única autoridad que los cooperantes reconocen con razón en su trabajo es la competencia técnica de los más cualificados de entre ellos. Y como estos trabajadores tienen como objetivo realizar una tarea en la que está en juego su beneficio inmediato, el rendimiento de su producción es superior en cantidad y calidad al de los demás empleados.



V. TRANSPORTE

Eugène Landler, en su adolescencia, seducido por la ideología revolucionaria, se afilió al partido socialista. Secretario general del sindicato ferroviario, tenía tal influencia entre los trabajadores que el propio Tisza, reaccionario implacable, le temía. Huyó a Viena en agosto de 1919 y organizó el ilegal Partido Comunista Húngaro en la capital austriaca.

Durante la Comuna, el transporte fue administrado por él. En 1913, Hungría tenía 96.127 kilómetros de carreteras públicas. La red no se amplió durante las hostilidades, pero como las carreteras no estaban pavimentadas, algunos caminos provinciales o comunales eran absolutamente intransitables en 1918. En el pasado, las revoluciones se extendían por las carreteras nacionales que unían los centros políticos y se ramificaban por las carreteras locales. Esto explica, por ejemplo, el estallido de las contrarrevoluciones en zonas que no están fácilmente comunicadas y que, por tanto, siguen sometidas a las maniobras de los terratenientes locales.

Hoy en día –como lo demostró la experiencia ferroviaria del propagandista Lunartscharsky– se están produciendo trastornos sociales a lo largo de los ferrocarriles. Por ello, los comunales húngaros organizaron cuidadosamente la red ferroviaria.

En 1846, la primera red abierta al tráfico tenía treinta y cinco kilómetros de longitud. En 1918, la longitud total de las líneas superaba los 21.798 kilómetros, de los cuales 13.601 kilómetros, es decir, el 62,4%, eran propiedad de empresas privadas.

Tras expropiar a los propietarios, Landler tuvo que elegir entre la propiedad estatal y la individualización de las redes

Al nacionalizar los ferrocarriles, habría confiado su gestión a una administración central. Sin embargo, esta gestión puede llevarse a cabo según un ritmo diferente, por concesión o por régie. El Estado, que abandona la gestión de las redes a los empresarios privados, conserva la propiedad nominal de las vías y los medios de transporte. También obtiene, sin riesgo, una parte de los beneficios de la empresa. Por otro lado, el concesionario es un capitalista. Sigue siendo, de hecho, el único dueño de la red, y un dueño tanto más fuerte cuanto que el Estado lo respalda. Resiste aún más eficazmente que el Estado las reivindicaciones de la opinión pública, pues un gobierno depende de la opinión general; los individuos que lo componen no pueden despreciar con demasiado descaro las exigencias de quienes los mandan sin temer el fracaso en las próximas elecciones. Un particular que salvaguarda sus propios intereses, y que sólo depende de sí mismo, adquiere medios enérgicos para resistir a los Comités de Defensa de los Usuarios que se levantan contra él. Su tenacidad depende de su avaricia y su voluntad. Pero éstas sólo están limitadas por la firmeza de los usuarios unidos. Y los concesionarios recogen directamente en su único interés el dinero del público presionado por la necesidad diaria.

Por estas razones, las concesiones son inadmisibles en un régimen comunalista. Además, no se realizan, porque el capitalismo autóctono y privado está aniquilado. Y cuando un Estado proletario abandona partes del dominio colectivo

a los capitalistas extranjeros, enajena ciertas libertades en beneficio de una fortuna exótica, ya no merece el epíteto de «comunalista» que a veces sigue atribuyéndose en los papeles oficiales.

En una sociedad bolchevique o socialista, manteniendo el poder económico del Estado, el propio Estado administra las redes ferroviarias y proporciona el transporte. La ventaja de este sistema es que permite al gobierno regular la actividad del país prohibiendo a determinados individuos el uso de los medios de transporte o suspendiendo el tráfico.

Pero la *régie* es un modo de funcionamiento inferior. Las autoridades administrativas, los funcionarios, tienden a dominar las competencias técnicas, los trabajadores ferroviarios. La burocracia ahoga la iniciativa de los empleados y las quejas de los pasajeros. La experiencia de los bolcheviques rusos fue concluyente en este sentido. Krassin reconoció que la actual administración de los ferrocarriles había llevado el transporte a un estado de ruina total que se acercaba al cierre definitivo de todas las vías de comunicación. Y concluyó: La administración colectiva, en realidad irresponsable, debe dar paso al principio de la administración individual que conduce a una mayor responsabilidad.

En lugar del control estatal de los medios de transporte, algunos proponen individualizarlos, dando autonomía a las organizaciones encargadas de su gestión. En el mundo

capitalista, esta tendencia ha llevado a la creación de muchas empresas independientes, cuyas máquinas son célebres por su buen funcionamiento, la velocidad de sus locomotoras y las bajas tarifas que cobran. Lamentablemente, no es suficientemente evidente que estas ventajas sean el resultado directo de la competencia entre estas empresas. Para evitar o minimizar las desventajas que sienten de esta rivalidad, las empresas intentan formar consorcios, fusionarse, establecer un monopolio en su propio beneficio. De este modo, la concentración se consigue a costa de los usuarios.

Los anarquistas abogan por el reconocimiento de los medios de transporte como propiedad pública y no estatal. Las líneas se gestionarían bajo el control técnico del sindicato ferroviario y bajo el control administrativo de los empleados y pasajeros. Como la disciplina exacta es necesaria en los ferrocarriles, donde el menor retraso y el más pequeño error tienen consecuencias terribles, sería establecida, según el caso, por los consejos locales de distrito o de rama y los consejos de red elegidos por todos los trabajadores.

Los usuarios reunidos en comités nombrarían a los representantes en el Consejo de la Red, bajo la supervisión del sindicato ferroviario. Este consejo estaría compuesto por delegados del público, del personal, del sindicato y del Consejo Económico Nacional. De este modo, el interés general se formaría realmente a partir de la combinación de

intereses particulares. La omnipotencia burocrática del Estado no ahogaría la iniciativa individual. Los medios de transporte estarían a disposición de todos en beneficio de todos.

Landler dudó entre el control estatal socialista y la individualización libertaria de las redes. Los ferrocarriles pasaron a estar bajo la autoridad nominal del Estado, pero se permitió a los consejos desempeñar un papel importante. Los 13.601 kilómetros propiedad de empresas privadas revirtieron a la nación y fueron gestionados por la Comisión de Transportes. De hecho, el Conseil d'Exploitation, compuesto por representantes del sindicato ferroviario, administraba las líneas en solitario, bajo el control del sindicato y su responsabilidad conjunta. En cada estación o centro de regulación, el personal designó el consejo local de disciplina y funcionamiento, situado bajo la supervisión técnica del consejo de funcionamiento del sindicato. Los empleados de las redes las gestionaban a su antojo, sin tener en cuenta las decisiones tomadas por los funcionarios del Comisariado. Los ferrocarriles confiados al cuidado del sindicato fueron así parcialmente individualizados.

El poder de las juntas de explotación de los ferrocarriles llegó incluso a tal punto que Landler no pudo aplicar las medidas destinadas a suprimir el tráfico de sacos. El trueque de ropa o muebles suministrados por las oficinas por productos se realizaba por ferrocarril. Las tarifas no habían seguido el ritmo del aumento de los salarios y los viajes eran

baratos. Para evitar el transporte en sacos y restablecer el equilibrio de la distribución, Landler quiso prohibir durante algún tiempo el acceso de los viajeros que no cumplieran una función pública a los vagones. Sólo se permitiría el transporte de productos alimenticios destinados a las oficinas de abastecimiento. Esta decisión, que era fácil de utilizar para un gobierno que gestionaba sus propias redes, no podía aplicarse. Landier, ante la hostilidad de los ferroviarios y su sindicato, consideró que el Estado no era el verdadero dueño de las líneas y modificó su proyecto.

En 1919, los ingresos de los ferrocarriles alcanzaron 71.300.000 coronas en billetes blancos; los gastos superaron los 667.000.000 de coronas. Sin embargo, este déficit, que se debió principalmente a la devaluación del dinero, no supuso una interrupción del tráfico. Por el contrario, los vagones se mantenían con cuidado y los horarios de los trenes se organizaban de forma que satisfacían a los usuarios. La actividad ferroviaria no disminuyó.



VI. POLÍTICA AGRARIA

Esclavizados política y económicamente a los terratenientes, los jornaleros, sirvientes y pequeños agricultores estaban, antes de la guerra, desorganizados, sin iniciativa revolucionaria. Dos anarquistas, Etienne Varkonyi y Eugène Schmidt, intentaron remediar esta situación. Hijo de un agricultor y comerciante de caballos durante mucho tiempo, Varkonyi se afilió al Partido Socialdemócrata, cuyo reformismo le repugnaba y que abandonó en 1896.

Influido por el comunismo libertario, fundó la Alianza Campesina, a la que dotó de un periódico, *A Földművelő* (El Campesino). Luchó contra los socialistas que, después de haber intentado someter a los sindicatos industriales, intentaron ganarse la simpatía de la población rural con fines electorales. El 14 de febrero y el 8 de septiembre de 1897, en Czegled, Varkonyi celebró dos congresos en los que definió su programa. Tras mostrar su desprecio por la democracia parlamentaria y demostrar la vanidad del sufragio universal, aunque fuera secreto, declaró que la tierra no debía repartirse entre los campesinos, como sugerían los marxistas, sino comunalizarse y cultivarse en común. Para preparar la expropiación de los señores de la tierra y educar económicamente a los campesinos dándoles confianza en su fuerza, era necesario crear inmediatamente institutos cooperativos, sindicatos y recurrir a la huelga general.

Con la ayuda de Eugene Schmidt, discípulo de Tolstoi, Varkonyi preparó la primera huelga campesina húngara en 1897. En la época de la cosecha, los campesinos se negaban a servir si no se aumentaba el salario. Los terratenientes se vieron tan sorprendidos por el movimiento y llevados a la ruina que instaron al gobierno a traer emigrantes asiáticos. Las autoridades prefirieron recurrir a la fuerza armada y a la compresión legislativa. Las tropas obligaron a los campesinos a cosechar; seis mil huelguistas fueron encarcelados; los diputados, todos ellos terratenientes,

promulgaron las famosas leyes de 1898 contra la Alianza Campesina y los huelguistas agrícolas, conocidas como «Leyes de la Canalla». En 1904, Varkonyi reanudó la agitación, pero sólo entre la gente de la Llanura. El nuevo movimiento se extinguió rápidamente.

Eugene Schmidt, separado de Varkonyi tras los sucesos de 1897–1898, hizo propaganda comunista entre los seguidores del Nazareno. Los nazarenos empezaron a cobrar importancia en Hungría a finales del siglo pasado. Eran decididos defensores de la no violencia, se negaban a portar armas y, por esta razón, entraban en perpetuo conflicto con el Ministerio de Guerra. Todos eran granjeros, eran muy mansos con sus animales y normalmente trabajaban para terratenientes que, aprovechándose de su mística resignación, abusaban de ellos odiosamente.

Eugene Schmidt sustituyó su ideología imprecisa y sentimental por un programa económico sustancial. Les mostró las ventajas del comunismo y recomendó la huelga general y la resistencia pasiva como medios de expropiación pacífica.

En 1919, los nazarenos contaban con unos 18.000 seguidores en Hungría; en el campo, eran los preciosos auxiliares de los comunistas. Eugene Schmidt se marchó entonces a Alemania, donde vivió el resto de su vida, imaginando la filosofía gnóstica, una curiosa mezcla de individualismo libertario y religiosidad.



Sandor Csizmadia

Sandor Csizmadia, un campesino de Oroshàza, intentó reorganizar el proletariado agrícola en lucha contra los terratenientes. Impulsado por la miseria de su condado, abandonó su granja y se convirtió en trabajador ferroviario. En 1894 fue encarcelado por propaganda anarquista; estuvo encarcelado casi continuamente hasta 1904. En su celda aprendió a leer y escribir. Pronto demostró ser un poeta y escribió sus *Canciones del proletario* (Proletarkoltemenyck) y *Al amanecer* (Hajnel'ban), que hicieron famoso su nombre. Describió la situación de los campesinos en términos conmovedores. Luego puso letra a la *Marsellesa Obrera*, el himno revolucionario magiar, que la multitud sublevada exigía en noviembre de 1918: la abdicación del Rey y la salida

del homo regius. El 13 de diciembre de 1905, Csizmadia y sus amigos formaron la Unión de Trabajadores del Campo. Esta organización se expandió rápidamente de forma considerable. En mayo de 1906, contaba con 300 grupos y 25.000 miembros; en enero de 1907, con 350 grupos y 40.000 miembros. En el Congreso de Semana Santa de ese mismo año, contaba con 552 grupos y 50.000 miembros. En agosto de 1907, 75.000 miembros del sindicato estaban en 625 grupos. Sintiendo su fuerza, los jornaleros y los sirvientes se declararon en huelga y exigieron un aumento de los salarios y una revisión de los pactos que los vinculaban a los terratenientes. Cuatro mil campesinos fueron arrestados y, para obligar a los siervos a respetar las cláusulas de los contratos, el gobierno promulgó una ley que obligaba a los siervos a cumplir fielmente sus compromisos bajo pena de 400 coronas de multa o 60 días en la celda. Finalmente, aunque la Unión había sido debidamente autorizada el 7 de enero de 1906, fue completamente disuelta en 1908 por orden de Andrassy, Ministro del Interior. Csizmadia, que fue detenido en 1906 y luego puesto en libertad, fue interrogado de nuevo; consiguió desaparecer durante un tiempo. Hasta la guerra, continuó con su propaganda y colaboró en varios periódicos revolucionarios. Uno de sus amigos, Waltner, más conocido por su nombre de pila, Jacob, reconstituyó los sindicatos agrícolas que se disolvieron en 1914.

La actividad de los militantes comunistas libertarios en el campo obtuvo un doble resultado:

1° La situación de los campesinos mejoró ligeramente después de cada levantamiento. A pesar de la ruina de las organizaciones corporativas, la tasa de salarios nominales aumentó, como muestra esta tabla.

En 1884	Antes de la huelga de invierno	Kcs: 1,12	
	durante la cosecha		Kcs: 1,76
En 1898	Después de la huelga de invierno	Kcs: 1,25	
	durante la cosecha		Kcs: 2
En 1905	Antes de la huelga de invierno	Kcs: 1,36	
	durante la cosecha		Kcs: 2,27
En 1905	Después de la huelga de invierno	Kcs: 1,42	
	durante la cosecha		Kcs: 2,45

Salario de los jornaleros (por día)

En 1905	Antes de la huelga (naturaleza y especie)	Kcs: 355
En 1908	Después de la huelga (naturaleza y especie)	Kcs: 430

Sueldos de los empleados (por año)

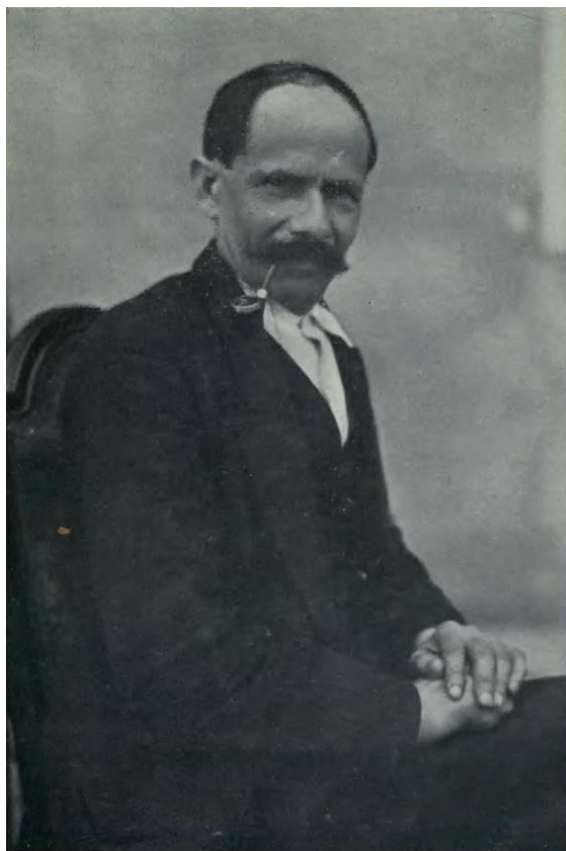
Se observa que después de cada huelga, los salarios nominales de los jornaleros aumentaron, pero en mayor medida en la época de la cosecha.

De hecho, durante el invierno, los propietarios, al no sentir la necesidad inmediata de trabajadores, sólo aumentan los salarios de forma limitada. Pero en la época de la cosecha, cuando no podían prescindir en absoluto de los jornaleros y éstos, comprendiendo esto, amenazaban con no cosechar el trigo, para evitar la bancarrota y apaciguar a sus ayudantes, los señores se veían obligados a aumentar considerablemente la tasa de pago. Los criados no participaron en la coalición de jornaleros en 1897.

En aquella época, sus salarios alcanzaban una media anual de 320 Kcs. Vinculados no sólo a la propiedad sino también a la persona de sus amos o de sus mayordomos, su situación seguía siendo miserable, sobre todo porque no podían rebelarse so pena de quedarse sin trabajo y ser encarcelados. Sin embargo, después de haber sido alistados y especialmente educados por Csizmadia, también entraron en conflicto con sus jefes en 1907. Recibieron un aumento de los ingresos de alrededor del 25%.

2° Como resultado de la influencia de los anarquistas y de la actividad de las organizaciones fundadas por ellos, la propaganda marxista no tenía ningún asidero entre los campesinos. Así, la política agraria practicada por la Comuna

húngara difería completamente de la seguida por los bolcheviques rusos.



George Nyisztor

Al frente del comisariado de agricultura, posteriormente adscrito al Consejo Económico, estaban Csizmadia y Georges Nyisztor, asistidos por Eugène Hamburger y Charles Vantus. Una frente enorme, unos ojos llenos de astuta bonhomía, una corta bouffarde continuamente plantada entre los sólidos dientes de la comisura derecha de la boca, un espeso bigote negro, el aspecto fornido, los pesados andares de un campesino que parece llevar en sus botas los terrones del campo que acaba de arar, tal era el aspecto de Nyisztor, hasta ayer un pacífico campesino de la llanura. Antiguo secretario general del Partido Socialdemócrata, Hamburger

se había especializado desde hacía tiempo en cuestiones agrarias. Vantus, empleado de un fondo de inversión, le ayudó.

Menos de quince días después de su nombramiento, los comisarios publicaron, el 4 de abril, este anuncio:

1° La tierra húngara pertenece a la comunidad de trabajadores; quien no trabaja no puede disfrutarla.

2° Todas las propiedades grandes y medianas, junto con los edificios, el ganado y el equipo agrícola, se devolverán a la comunidad sin redención.

3° La pequeña propiedad se convierte con la casa y las dependencias anexas en simple posesión de quien era antes propietario. El Comisariado de Agricultura decidirá, teniendo en cuenta las condiciones locales, qué propiedades deben clasificarse como grandes y medianas.

4° Los individuos no pueden compartir los bienes de la comunidad.

5° Las propiedades de las comunidades son administradas por Cooperativas. Las personas de ambos sexos que dedican un determinado número de días de trabajo a la producción pueden afiliarse libremente a estas asociaciones de producción. Cada uno recibirá una parte de los ingresos proporcional a su trabajo.

6° La organización de las Cooperativas se regulará en detalle más adelante.

7° El Comisariado de Agricultura dirigirá técnicamente, por mediación de los Ayuntamientos, el desarrollo de las fincas.

Así se manifestó oficialmente la voluntad del nuevo régimen de constituir el comunismo agrario en forma de Cooperativas o Sindicatos de Producción. Los bolcheviques rusos, en cambio, tras el fracaso de los socialistas revolucionarios de izquierda, abogaron abiertamente por la creación y el desarrollo de la propiedad individual de la tierra y el abandono de la explotación colectiva de la Mir. Esperaban que, por interés propio y por un amor mezquino a la tierra, animaran a los campesinos a practicar el cultivo intensivo y así aumentar el rendimiento de la producción. Cayeron en el mismo error que el demócrata Karolyi y pronto se encontraron con la hostilidad de los agricultores.

En Hungría, donde la concentración de la tierra era muy elevada, los campesinos no tuvieron más que expropiar a los terratenientes y crear, en lugar de la antigua administración, asociaciones de productores que luego pudieron ser duplicadas por cooperativas de consumo autónomas.

Bajo el impulso de Eugene Schmidt, en 1899 se habían fundado cooperativas de producción, principalmente entre los cultivadores de trigo y los ganaderos de Transilvania. En

1891 se creó una asociación para la compra de maquinaria al por mayor. Posteriormente, se construyeron establos y graneros comunes y se crearon centros de instrumentos agrícolas. Gracias a la ayuda mutua, el agua potable y la luz penetraron en las aldeas aisladas de la llanura. Se crearon sociedades de crédito para los artesanos. En 1914, había tres millones de coronas depositadas en sus arcas. Contra estas cooperativas de trabajadores, surgieron los cárteles capitalistas. Y la actividad del más importante de ellos, el cártel del cerdo, fue una de las causas económicas de la guerra mundial: los grandes propietarios criaban jabalíes y gorilas para su venta y exportación, especialmente en los departamentos del este. Sin embargo, los cerdos húngaros son pequeños y de crecimiento lento y poco prolíficos. Los criadores, que habían fundado un cártel y no temían la competencia nacional, vendían sus animales a los consumidores húngaros a un precio inflado. Sin embargo, la cría de cerdos se promueve en Serbia como industria nacional: los cerdos serbios tienen abundante carne, se reproducen y crecen con facilidad. La mayoría de estos animales se exportaban a Hungría, donde su precio de venta era inferior al de los animales magiares. Esto provocó una feroz competencia entre los criadores serbios y húngaros, lo que hizo que Hungría impusiera derechos prohibitivos a la entrada de cerdos serbios en la zona aduanera.

Serbia, perjudicada en su principal industria exportadora, respondió cerrando sus fronteras a los productos húngaros.

Sin embargo, a pesar de los sucesivos aumentos de los derechos, los cerdos serbios siguieron vendiéndose en Hungría a un precio inferior al de los magiares, a pesar de su calidad superior. De este modo, se estableció una rivalidad económica de una violencia sin precedentes entre los dos países, que fue uno de los factores del ultimátum de 1914. Como resultado de la concentración del capital de la tierra, se generalizó el uso de fertilizantes y maquinaria para el cultivo de grandes superficies. Mientras que en 1871 sólo había 4.409 máquinas primitivas, en 1915 había 48.070, como muestra la siguiente tabla:

	Arados de vapor	Tractores	Trilladoras	Segadoras
1871	18	?	2 464	1 927
1895	129	50	9 509	13 329
1915	771	182	28 907	18 210

En las fincas pequeñas, el uso de estas máquinas habría sido demasiado caro o incluso inútil. Por lo tanto, la gestión de estas máquinas se confió a organizaciones poderosas: los Sindicatos de Producción.

La política agraria seguida por los revolucionarios era comunista. Algunos, como Hamburger, querían poner la tierra bajo el control directo del Estado, organizar la

agricultura de forma mecánica, instituir «fábricas agrarias» de las que los trabajadores sólo serían engranajes pasivos.

Dejaron de lado por completo el apasionado amor a la tierra y el espíritu individualista de los campesinos. Los otros, con Csizmadia, querían comunalizar la propiedad de la tierra, ponerla bajo control local. La agricultura no debía considerarse como la industria y centralizarse; pero, al mantener la concentración de material, debían tenerse en cuenta tanto las necesidades de la comuna como los intereses colectivos. Los campesinos conservaron cierta autonomía en la organización y selección de la producción. El conflicto con los comisarios fue bastante violento. Los estatistas y los comunistas trataron de imponer su punto de vista. Al final, la opinión de Csizmadia se impuso, pero tuvo que dimitir de su cargo. Se utilizó como pretexto un ridículo conflicto con el personal femenino del centro telegráfico de Pesto.

Por ello, se creó un sindicato de producción autónomo en cada municipio, dependiente técnicamente de la Oficina de Sindicatos Rurales. Esta Oficina fue instruida primero por la Comisaría de Agricultura, y luego, tras la adscripción de esta Comisaría al Consejo Económico, por la sección rural del Consejo. El jefe de cada unión comunal era un ingeniero agrícola. Estaba asistido y controlado por el Consejo Agrícola elegido por todos los agricultores del Sindicato.

Las consecuencias de la política agraria difieren notablemente de las de la política industrial. La tierra estaba totalmente cultivada, a pesar de la invasión de los soldados de la Entente. En lugar de una disminución de la producción como en las fábricas, se produjo un aumento de la superficie sembrada. La cosecha de verano, desgraciadamente realizada por los franco-rumanos, fue de un rendimiento y una calidad superiores a la media de los años anteriores. Los campesinos trabajaban la tierra comunal con un entusiasmo extraordinario.

Los salarios nominales y reales aumentaron enormemente. Un criador de cerdos ganaba 1.500 coronas, lo que, a pesar de la devaluación de la moneda, representaba un aumento significativo de la relación entre los ingresos nominales y el coste de la vida. Varga dijo: «Fueron los trabajadores pobres del campo los que se beneficiaron de la revolución de Karolyi y del régimen proletario. Su nivel de vida y, sobre todo, su alimentación experimentaron una mejora absolutamente imprevista. Obtuvieron un rápido aumento de los salarios. Y este aumento fue real, porque no se tradujo en la adquisición de una mayor suma de dinero sino en la adquisición de más alimentos.

Los sirvientes y los jornaleros eran, por tanto, los más firmes partidarios del régimen. Esto explica en parte por qué, a diferencia de Rusia, no se produjeron levantamientos campesinos espontáneos. Las manifestaciones reaccionarias

siempre tuvieron lugar en la retaguardia del frente franco-rumano, en países ocupados como Arad o Szeged. Los regimientos del campo, los mismos que levantaron la vara por primera vez en octubre de 1918, fueron las tropas más entusiastas del ejército revolucionario. Fueron los últimos en rendirse. Y el 15 de agosto de 1919, cuando los aliados habían derrocado a los Consejos y ocupado los suburbios de la capital una semana antes, los últimos batallones rurales, dispersos por las llanuras, seguían resistiendo desesperadamente a los rumanos.

Por último, los sectarios nazarenos, aquellos campesinos que, gracias a Schmidt, habían adquirido convicciones comunistas conservando la esencia pacífica de su antigua religiosidad, sirvieron útilmente a la Comuna. En Transilvania, donde eran numerosos, intentaron resistir a los invasores con huelgas. En Hungría, junto con los agricultores del distrito de Samozy, fueron los primeros en crear sindicatos de producción.

Sin embargo, alrededor de mayo de 1919, las grandes ciudades recibieron repentinamente menos alimentos del campo. Comenzó el bloqueo de las ciudades por los campos. Los remedios preconizados por algunos comisarios, como las requisas de alimentos, los impuestos y las prestaciones en especie, parecían ser ineficaces, ya que el descontento de los campesinos contra los obreros no se notó inmediatamente.

Durante los primeros meses del régimen, los campesinos alimentaron generosamente a los obreros industriales. A cambio, sólo se les dio papel moneda. Los agricultores acapararon y siguieron abasteciendo; pero a medida que el dinero se devaluaba más y más, de acuerdo con el plan comunalista, pronto se dieron cuenta del papel parasitario que desempeñaban las ciudades. Exigían que sus bienes se cambiaran por maquinaria agrícola y que hubiera un intercambio constante de productos entre los industriales y ellos. Por desgracia, la mayoría de los trabajadores cualificados, alistados en los batallones rojos, estaban luchando en el frente. Las materias primas escasean. Cuanto más aumentaban las demandas de los campesinos, menos podían satisfacerlas las fábricas debido a la desorganización industrial y a la escasez de mano de obra cualificada. Los campesinos redujeron sus ventas a las ciudades. Cultivaban para sí mismos y para sus comunidades; sólo intercambiaban sus productos por otros productos agrícolas, como el vino por el trigo. Se arreglaron con la maquinaria de antes de la guerra; volvieron a una economía familiar puramente rural. Entre ellos y los trabajadores se abrió una brecha.

Las propias ciudades trataron de remediar esta situación. Para disminuir las consecuencias del monopolio rural, intentaron poner en práctica las ideas expuestas por Kropotkin en *la Conquista del Pan*, especialmente en el famoso capítulo sobre la Alimentación. A partir de abril, los

hipódromos de Budapest y las fincas suburbanas fueron arados. Las vacas se reunieron cerca de la capital en vastos establos que se construyeron rápidamente; los desempleados, los antiguos empleados de oficios que se habían vuelto inútiles, los funcionarios despedidos cultivaron la tierra. Se pusieron a su disposición muchos medios científicos. Los resultados fueron magníficos.

Durante la Comuna, a pesar del bloqueo de la Entente y de la desconfianza del campo, las ciudades se abastecieron abundantemente de verduras de mercado. De acuerdo con el sistema de racionamiento descrito anteriormente, la población recibía productos lácteos y carne (dos veces por semana). Por supuesto, apenas había huevos, aves de corral o grasas animales, en definitiva, ningún producto de granja. Pero no cabe duda –como demuestra un experimento de cinco meses– de que una ciudad y sus suburbios, sometidos a un asedio económico, pueden ser en gran medida autosuficientes durante un cierto periodo de tiempo y esperar así a que termine la invasión.

Si Bela Kun hubiera dejado que el ejército repeliera a los invasores y se uniera a Rusia y a Baviera, si hubiera cumplido con su deber revolucionario y no hubiera imitado a los diplomáticos, los obreros habrían retomado pronto su lugar en las fábricas intactas, habrían fabricado máquinas, habrían disipado los temores de la población rural y habrían consolidado, con el proletariado agrario, la alianza económica, principal motor de una revolución exitosa.



VII. LA CUESTIÓN FINANCIERA

Bono de confianza

Eugene Varga, Comisario de Finanzas y uno de los presidentes del Consejo Económico, trabajó hasta los 26 años como panadero. Dotado de una energía poco común, quiso formarse por sí mismo, estudió sin ayuda de ningún profesor, aprobó los exámenes de bachillerato y se convirtió en profesor de la Escuela de Comercio. Las obras que

escribió (*La organización económica de la República Magiar de los Consejos; Los problemas económicos del régimen proletario; Essor o la decadencia del capitalismo*) le situaron en la vanguardia de los eminentes economistas de la época, los Keynes, los Gides, los Travers–Borgstroem o los Cornelissens. Varga se declaró marxista. Pero como a todos los teóricos de origen húngaro, el dogmatismo y el materialismo desecante del predicador germano le repelieron. Y los métodos que aplica y la ideología que dice seguir son marxistas sólo de nombre. A diferencia de Marx, que derivaba los fenómenos a partir de postulados de los que se creía inventor, y que basaba sus tesis en el razonamiento y no en la observación, Varga condenaba el apriorismo y se interesaba por el análisis de los hechos, que abstraía con cautela, teniendo en cuenta el ambiente. Su método es esencialmente inductivo.



Eugene Varga

Negando el valor absoluto, como factor de evolución, del materialismo histórico, reconoce la importancia de la ideología y cree que la gran influencia de los motores idealistas y las energías políticas que de ellos se derivan nos incitan a introducir constantemente la política y la ideología como elementos decisivos en el estudio de los problemas económicos. A continuación, condena duramente el determinismo que Marx insinúa en la ley de la concentración y la tesis catastrófica y concluye: Ni el caos de la producción, ni las crisis, ni la disminución de la tasa de ganancia, ni el aumento de la angustia popular darán el golpe de gracia a la sociedad capitalista. Sólo la lucha revolucionaria y consciente de la clase obrera puede lograr este resultado.

En un mundo comunista en el que todos los consumidores producirán y en el que las transacciones comerciales tendrán lugar directamente entre las tiendas de suministros y los centros de producción, el uso de cualquier tipo de dinero en efectivo será superfluo. Los anarcosindicalistas comprendieron esta verdad. Varga se propuso realizarlo. Consideró, con razón, que la devaluación del dinero debía llevarse a cabo en un tiempo lo suficientemente corto como para destruir el poder adquisitivo y corruptor del dinero en poder de la burguesía y lo suficientemente largo como para eliminar la confianza ciega de las masas en el valor de uso o poder y el valor de cambio o utilidad del dinero. Era necesario reeducar económicamente a la población e inducirla a acudir al trueque por su cuenta. Para ello, se

recurrió a la devaluación del dinero, al uso de tarjetas sindicales y a los bonos de confianza.

Los billetes azules impresos en Viena y puestos en circulación por el Banco de Austria–Hungría estaban en circulación al principio del régimen y se cotizaban en los mercados extranjeros. Las imprentas estaban en Viena, fuera del control revolucionario. Desde noviembre de 1918 se suspendieron los envíos de dinero a Budapest. Por lo tanto, el valor de esta moneda azul seguía siendo el mismo; no podía reducirse mediante una emisión extraordinaria, ya que las prensas no estaban en posesión.

Los Consejos decidieron retirar el curso legal del papel azul y confiscarlo en beneficio de la Oficina de Comercio Exterior, con el fin de conservar un instrumento de transacción con el extranjero. El gobierno de Karolyi, para dotarse de una moneda propia, no sujeta a las fluctuaciones de la antigua corona, había emitido billetes impresos por una sola cara, los blancos. Con las máquinas instaladas en Budapest, los comunistas consiguieron devaluar rápidamente estos billetes mediante su emisión continua. Ya no satisfacían las necesidades del comercio monopolizado.

Un antiguo banco de crédito socializado, la Caja Postal de Ahorros, emitió entonces billetes postales en nombre del Estado para satisfacer la demanda de los productores. Se lanzaron tantos al mercado que corrieron la misma suerte

que los anteriores. Durante la Comuna se emitieron ocho mil millones de coronas en efectivo para devaluar la moneda.

Verificando la ley de Gresham, que establece que en una nación que utiliza varias monedas legales al mismo tiempo, la peor de ellas expulsa a las demás, los metales preciosos huyeron antes que el papel moneda y los billetes azules y blancos antes que los postales, que fueron los únicos que quedaron inutilizados y sin uso. El efectivo dejó de ser comercialmente atractivo un mes después de la llegada del régimen del Consejo.

Se adoptó entonces una medida más enérgica y demostrativa. Varga, apoyado por los anarcosindicalistas que reconocieron la plena aplicación de su teoría monetaria, quiso demostrar a los trabajadores que si el dinero, base del sistema capitalista, no tiene ningún mérito original, sólo, en un mundo comunista, el trabajo representa una fuerza. Incluso quiso introducir la práctica del vale de trabajo; pero en Hungría no pudo llevar a cabo este experimento, cuyo error había demostrado teóricamente Kropotkin.

Se decidió suministrar bienes de consumo sólo con la presentación del carné sindical. La idea era conseguir que los individuos realizaran un trabajo social determinado por ellos y regulado en el interés colectivo.

Bela Kun lo reconoció cuando dijo el 14 de mayo: «Ahora todo vuelve a los sindicatos, no para hacer carrera, sino para

vivir. El régimen comunalista es el de la sociedad organizada. Quien quiera vivir y triunfar debe afiliarse a una organización, por lo que los sindicatos no deben poner ninguna dificultad en la admisión. Quien se presenta debe ser aceptado. Por desgracia, se cometió el error de fundar sindicatos inútiles o de interés secundario. La vieja burguesía acudió en masa a ellas y dio tal importancia numérica a estas nuevas instituciones que la base del sistema –la obra social realizada por cada uno en beneficio de todos– se vio seriamente socavada. La producción industrial, lejos de aumentar como se esperaba, disminuyó. Y los carnés de los sindicatos, como los billetes, dejaron de tener valor.

Se buscó entonces un sistema que, eliminando la idea de que el dinero se acumulara por su valor intrínseco o fiduciario, sirviera temporalmente para las transacciones. Se reconoció que era imposible establecerla sobre la base del poder del trabajo socialmente organizado; se basaba en un elemento puramente ideológico, la confianza. El bono de confianza, la moneda condenada por los economistas burgueses por su falta de homogeneidad, resultó ser la única moneda estable del régimen comunalista.

En cada casa, en cada sindicato, en cada fábrica, en cada cooperativa rural, los individuos, por pisos, secciones, talleres o fincas, eligieron por sufragio universal y secreto a un hombre de confianza revocable. Cuando una persona sentía la necesidad de algún objeto, un instrumento o un par de botas, explicaba su situación al hombre de confianza que

le expedía, tras una rápida investigación y bajo su responsabilidad, un vale. Armada con este vale, se dirigió a los almacenes comunales, donde su petición fue atendida. El vínculo de confianza tenía cualidades políticas y económicas.

La investigación llevada a cabo por el responsable de confianza le permitió asegurarse de que la solicitud se correspondía exactamente con las necesidades. Los trabajadores estaban así satisfechos; y los antiguos propietarios no podían reclamar, como con el carnet sindical, productos de los que poseían la equivalencia, gracias a los vestigios de su fortuna, pero que querían ceder frente a otros de los que carecían. La superioridad económica de la burguesía estaba inevitablemente arruinada. Además, incluso devaluados, los billetes seguían siendo dinero en efectivo. Ya no tenían poder adquisitivo, pero indicaban que habían tenido algo y que aún eran capaces de recuperarlo, si los Consejos seguían una política monetaria prudente. Por otro lado, los bonos de confianza, que eran estrictamente personales y se concedían para un fin concreto, no contenían ninguna de las virtudes esenciales de una moneda. No jugaron el papel del capital–naturaleza, ya que no podían satisfacer múltiples necesidades, y al mismo tiempo manifestaron la desaparición radical del dinero y el advenimiento de un mundo en el que, en la medida de lo humanamente posible, cada uno es pagado no en función de su trabajo (cupones de trabajo o tarjetas sindicales), sino en función de sus demandas.

Las principales operaciones que realizan los bancos en el capitalismo son la apertura de cuentas corrientes y el patrocinio industrial. Los particulares depositan su patrimonio mobiliario en las arcas de un banquero que les paga intereses por el uso que hace del depósito. A veces, el banquero adelanta a sus clientes, en condiciones determinadas amistosamente y en garantía, ciertas sumas cuyos intereses son compensados por los que les paga en contrapartida de su remesa. Esta combinación constituye la cuenta corriente. En otras circunstancias, ya sea mediante la compra en bolsa de paquetes de acciones, o mediante un adelanto directo de fondos, el financiero participa en la explotación de una empresa industrial, en calidad de socio comanditario.

¿Cuál será la política bancaria de un régimen en el que las transacciones personales y el oneroso recurso al crédito privado serán sustituidos por el monopolio del comercio y el crédito libre?

A partir del 21 de marzo, los milicianos ocuparon las instituciones de crédito y los bancos comerciales. Los directores fueron despedidos y sustituidos temporalmente por empleados sindicalizados elegidos por el personal de la casa. Entonces, para evitar que los accionistas o clientes utilizaran los depósitos bancarios para fomentar la agitación reaccionaria, se decidió que nadie podía retirar más de una décima parte de su capital al mes, y un máximo de 2.000

coronas mensuales, una cifra ridícula. No se abrirán más cuentas corrientes. Había que organizar el crédito público.

En 1914, en Hungría había principalmente cajas de ahorro comunales, cuyas operaciones con el extranjero estaban centralizadas por los establecimientos de Budapest. La principal, la Caja Postal de Ahorros, fundada en 1885, tenía un capital de 227 millones de coronas en 1913. El Banco de Austria–Hungría sólo tenía una sucursal en Budapest y 135 oficinas y ventanillas en Hungría.

El Comisariado de Finanzas, a pesar de la oposición de los funcionarios de la banca, decidió suprimir las instituciones superfluas, convertidas en casas de lucro, y concentrar la acción financiera en el interior del país en tres organismos: el Instituto Emisor Soviético, la Financiera Central y la Asociación Central de Crédito Agrícola. Estos establecimientos sólo debían cumplir una función tan transitoria como el dinero en efectivo. Sólo la Oficina de Comercio Exterior, que tenía el monopolio de las transacciones con las naciones capitalistas y los países de economía comunista, permanecería hasta la constitución de los Estados Federados de Europa.

Se ha procurado que los trabajadores cobren y que la producción se desarrolle sin problemas. Por lo tanto, los bancos que estaban a cargo de una empresa antes de la revolución estaban obligados a pagar a los trabajadores de la empresa y a proporcionar materiales para las oficinas. Los

fondos de los que disponían se asignaron a los consejos de administración. El Comisariado de Finanzas confiscó las reservas de los bancos que no participaron en la gestión de una empresa antes de marzo y las entregó al Financiero Central. Este último, en nombre del Estado, proporcionó las sumas a los Consejos Operativos, que las solicitaron. De modo que en las primeras semanas de la Comuna, al contrario de lo que ocurrió en Rusia, no hubo ninguna perturbación en la vida económica del país. Los trabajadores recibían sus salarios con regularidad; a las fábricas no les faltaba crédito para adquirir materias primas. El proletariado asumió sin problemas la gestión de las empresas. El Instituto de Emisión Soviético, confundido primero con la Sucursal del Banco de Austria–Hungría, y luego con la Caja de Ahorros Postal, por intermedio de estos organismos, cubrió rápidamente el país con papel sin valor. De este modo, la deuda pública interna quedó completamente anulada. Fue entonces cuando los acreedores extranjeros se agitaron. Instaron a la Entente a reaccionar contra las actividades comunistas y prepararon la ofensiva de mayo.

Para disipar sus temores, Bela Kun comunicó al general Smuts, el heraldo de los rentistas occidentales, que Hungría garantizaría que los propietarios extranjeros que actualmente residen en su territorio pudieran abandonar el país con el dinero, los valores, los efectos comerciales y otros bienes muebles que pudieran poseer. Los extranjeros que deseen permanecer en Hungría tienen la garantía formal de

que sus bienes serán salvaguardados y sus vidas respetadas. Los bancos, empresas comerciales y compañías extranjeras no se liquidarán sin un acuerdo económico entre el gobierno magiar y las potencias interesadas.

No bastaba con calmar los temores de los acreedores extranjeros, sino que era necesario establecer relaciones con ellos. La Oficina de Comercio Exterior lo intentó. La utilidad de este órgano no puede ser cuestionada por un anarquista. Como el comercio privado ya no existe, las Juntas de Productos deben recurrir a la institución nacional capaz de procurarles, mediante la importación, las mercancías exóticas que necesitan, con la ayuda de un producto buscado en todos los mercados, la moneda metálica o su sustituto, el billete de banco convertible en efectivo. En las transacciones con los capitalistas, un régimen comunalista no es reacio a exportar oro a cambio de mercancías o incluso a tener un saldo deudor. Este oro no representa ningún valor real para él, sino simplemente un valor de cambio. Además, los comunales saben que el metal precioso corrompe al Estado capitalista que lo acumula: un tipo de cambio excesivamente alto ahuyenta a los compradores con una moneda depreciada, seca la industria nacional, arruina el comercio, provoca un intenso desempleo y crisis sociales favorables al nacimiento de una sociedad proletaria. En las relaciones con las repúblicas obreras, los intercambios se realizan de valor real a valor real. La Oficina de Comercio Exterior no es más que un

órgano de registro, cuya importancia tiende a disminuir a medida que se desarrollan las transacciones de este tipo.

De hecho, la Oficina de Comercio Exterior húngara apenas funcionaba. Los países comunistas vecinos, como Baviera y Eslovaquia, atrapados en el torbellino de la lucha revolucionaria, no pudieron comerciar con Hungría. Duraron demasiado poco como para poder establecer relaciones interesantes. Rusia estaba demasiado lejos. Los ejércitos de la Entente se interpusieron entre ella y los magiares.

A pesar de las concesiones de Bela Kun, los gobiernos burgueses se mantuvieron al margen o llevaron a cabo un bloqueo económico de Hungría. Sin embargo, los capitalistas checos, británicos y yugoslavos, despreocupados por los ataques de sus tropas a los comunistas, suministraron a estos últimos materias primas (pieles curtidas, madera, piezas metálicas). Pero no recurrieron abiertamente a la Oficina de Comercio Exterior. Las transacciones se realizaban a través de las antiguas empresas extranjeras, domiciliadas en Hungría, que eran teóricamente independientes y de hecho estaban bajo el control inmediato de la Oficina. Es interesante observar que los capitalistas confiaban en la fuerza del régimen comunista.

La corona húngara (billete azul) cotizaba en la bolsa de Zúrich en marzo de 1919, en el momento de la proclamación de la Comuna, a 22,57. Cuando se anunció la confiscación de los bienes y valores de los extranjeros, pero pronto se

desmintió, bajó al 18,54. La victoriosa contraofensiva de mayo, que consolidó los Consejos, la elevó al 21,07. Las temporizaciones militares de junio y julio provocaron una recaída a 17,91 y 15,77. Cuando cayeron los Consejos y se estableció un gobierno militar, bajo la protección de las bayonetas franco-rumanas, la corona cayó al 12,26. Pero en noviembre de 1921, en plena dictadura burguesa, sólo valía 0,56. Estas fluctuaciones nos demuestran que el patriotismo de los financieros se acomoda fácilmente al trato con el enemigo; mientras los capitalistas difunden, a través de una prensa vendida, los errores destinados a embaucar las mentes de las masas, ellos saben apreciar con perspicacia las profundas virtudes de sus adversarios. No lo olvidemos nunca.



VIII. EJÉRCITO REVOLUCIONARIO Y DIPLOMACIA

El Ejército Rojo Húngaro

Los anarquistas se proclaman voluntariamente refractarios y antimilitaristas. Demasiadas personas creen que esta actitud está motivada por la resignación o la autoabdicción. El ejemplo de los Makhnovistas de Ucrania que lucharon heroicamente durante tres años para mantener su independencia, el de los libertarios magiares

que se alistaron en las milicias revolucionarias para proteger a la Comuna de los ataques de la Entente demuestran con claridad que los anarquistas están dispuestos a luchar y morir por su ideal.

Las milicias fueron reclutadas voluntariamente entre los sindicatos y el Partido Comunista. Uno sólo podía ser admitido en sus filas a propuesta de los hombres de confianza de estos cuerpos. Los alistados recibían un salario, además de comida y equipo.

Con los prisioneros de guerra y los desertores de la escolta del representante aliado en Budapest, el teniente coronel Vyx, se formó un cuerpo internacional de año que posteriormente luchó contra los franco-rumanos. Los senegaleses vivían junto a los rusos; los checos junto a los italianos.

Desgraciadamente, en mayo de 1919, en el momento de la ofensiva de la Entente, por iniciativa de los elementos socialdemócratas, se decretó la movilización general. Junto con los errores diplomáticos de Kun, esta decisión fue la principal causa de la caída del régimen. Es cierto que la fuerza militar alcanzó un número considerable. Pero las milicias estaban entonces compuestas por pequeños burgueses, demócratas inclinados a la traición; los oficiales reaccionarios fueron llamados bajo una bandera que odiaban. Se rindieron con sus regimientos tan pronto como ocuparon las trincheras.

Las centurias sindicales, compuestas por voluntarios comunistas, anarquistas y galileos, llevadas por su entusiasmo, participaron en todas las maniobras importantes, intentaron las empresas peligrosas, rechazaron a los rumanos, a los checos y a los franceses. Pronto se agotaron. Las tropas de reserva no estaban a salvo. Los obreros de armas que habían ido al frente fueron sustituidos en sus fábricas por burgueses movilizadas que sabotearon.

Durante la campaña de mayo–agosto, el Ejército Rojo contaba con ocho divisiones divididas en cinco cuerpos de ejército. Ochenta mil milicianos, con edades comprendidas entre los quince y los sesenta años, y cien mil hombres movilizadas el 4 de mayo lo formaban. Se pusieron a disposición de los combatientes 500 ametralladoras, 22 aviones, 6 monitores, 20 trenes blindados y cañones autopropulsados.

El antiguo Ministro de Guerra de Karolyi, Guillaume Boehm, se convirtió en Generalísimo del Ejército Rojo. Joseph Pogany fue nombrado comisario de armas. Durante mucho tiempo, Pogany colaboró con Nepszava. Insatisfecho con la conducta política de los directores de este periódico, fundó una revista de acción revolucionaria, Vilag Konytpar. Fue subsecretario de Estado durante la República y fue ascendido a presidente del Consejo de Soldados. Tras la caída del régimen comunalista, consiguió llegar a Nueva York y ahora es editor del periódico bolchevique húngaro–

americano *Uj Elore* (¡Adelante, otra vez!). Bela Szanto y Bela Vago le ayudaron como comisarios suplentes. En junio, Désiré Bokany, Comisario de Bienestar Social, y Eugène Landler, Comisario de Transportes, fueron al frente para comandar los dos principales cuerpos del ejército.

Ciertamente, ninguno de estos hombres comprendió el papel que debían desempeñar. Demagogos apasionados por el jacobinismo, imaginaron que para entregar un país debían recurrir a las mismas artimañas que para eliminar una moción de confianza. Pretendían dirigir ejércitos desde sus gabinetes o sus bastones, como se dirige a una multitud amorfa en una reunión desde la tribuna. Estos jefes de ejércitos falots eran, en realidad, los enterradores de la Comuna.

Y aquí está el autor responsable del desastre, el tonto que, imitando a los diplomáticos, se dejó ridiculizar por el viejo Clemenceau, el lamentable títere que, con sus payasadas, redujo a la nada las empresas económicas y sociales de sus colegas: Bela Kun. En 1905, Kun dejó la Universidad de Kolozsvar y se incorporó a la redacción del *Democratic Gold Journal*. Después trabajó para el *Szabotsag*, el *Nagyvarad* y el *Budapesti Naplo*. Mientras dirigía un fondo de trabajadores en Kolozavar, al que había regresado, su radicalismo se tiñó de marxismo. Durante las hostilidades, como cabo del 21º regimiento de infantería, fue capturado por los rusos. Liberado por los revolucionarios en 1917, fundó con Szamuely y un periodista de Arad, Andréas

Rudnyansky, el grupo comunista húngaro al que dio una publicación periódica *Verdad Roja*. Bajo el seudónimo de Doctor Sebesty, en noviembre de 1918, a la edad de 38 años, regresó a Hungría, organizó el partido comunista con anarquistas, galileos y soldados desmovilizados, y lanzó un diario, *Voros Ujsag*, que más tarde sería el periódico oficial del régimen comunalista. Nada, pues, en su pasado preparaba al Kun para la misión que quería asumir, durante cinco meses, la dirección del Comisariado de Asuntos Exteriores.

Desde principios de abril, cuando quedó claro que los aliados iban a atacar militarmente a Hungría, las milicias voluntarias, creyendo que una situación crítica requería el uso de medios extraordinarios y el rechazo de las hipocresías nacionales, exigieron cruzar la frontera, invadir Bucovina y, a través de la Alta Besarabia y Podolia, unirse al ejército ruso.

Ciertamente, los territorios extranjeros habrían sido ocupados. Pero ya no pertenecían a nadie. Los checos y los rumanos se disputaban estas zonas, que apenas habían sido abandonadas por los soldados austriacos. Además, la población, vergonzosamente presionada por los beligerantes, esperaba una liberación económica y, dispuesta a sublevarse, se habría unido de buen grado a los magiares. La creación de un bloque húngaro-ruso habría permitido a Rusia y a Hungría resistir la embestida reaccionaria y abastecerse mutuamente.

Bela Kun se negó categóricamente a permitir que se violaran las fronteras. Se conformó con entablar conversaciones con los ucranianos sobre las siguientes bases:

1. Reconocimiento absoluto de la independencia y soberanía de la República Soviética de Ucrania dentro de las fronteras etnográficas, incluyendo Galicia y otras partes de Hungría donde la población ucraniana es mayoritaria;
2. Alianza defensiva y ofensiva entre las Repúblicas Comunistas, hasta la constitución de los Estados Federados de Europa;
3. Prohibición de que las tropas de cualquiera de las repúblicas aliadas se estacionen en el territorio de la otra sin el consentimiento de ésta;
4. apoyo mutuo para la protección de los territorios, la lucha contra el imperialismo y los movimientos reaccionarios. Estas negociaciones duraron más de un mes.

Durante este tiempo, los rusos, demasiado alejados de sus bases, fueron derrotados por los blancos, mientras las milicias magiares, con las armas en los pies, esperaban las decisiones del oráculo de Budapest.

De repente, el 8 de abril, llegó la noticia de que se había proclamado la República de los Consejos en Múnich, y que la guardia bávara estaba ocupando las fronteras del nuevo

estado. En Viena, la agitación comunista se extendía rápidamente. Se acercaba el momento en que se formaría el grupo compacto de Estados comunistas del Danubio, capaz de contener victoriosamente el empuje aliado y de atraer a su órbita a los distintos Estados balcánicos. En un día, el ejército magiar podría haber ganado Viena: en una hora, declaró más tarde el presidente austriaco del Consejo Seitz, los Consejos Obreros de Austria habrían derrocado la república democrática y logrado la completa emancipación del proletariado. La carretera de Viena a Múnich estaba abierta. Rápidamente, los revolucionarios, por Linz, Ried y Simbach, pudieron operar su unión con los bávaros.

Kun envió como embajadores a Viena a varios de sus amigos, entre los que se distinguieron Alexius Bolgar y Sandor Feny, antiguo profesor de sociología de la Universidad Clark de Worcester. Para no interferir en los asuntos internos de un Estado extranjero y no despertar las sensibilidades de la Entente, el Kun nunca aceptó levantar Austria y unirse a los bávaros. Prefirió negociar con los aliados. El General Smuts, delegado de Sudáfrica en la Conferencia de Paz, llegó a Hungría. Desde el armisticio – exclamó–, la Entente no ha entablado conversaciones diplomáticas con nosotros, sino vulgares conversaciones militares. El General Smuts nos habla como un diplomático. Esto demuestra que el sistema proletario es reconocido por la Entente como el primer poder firmemente establecido desde el colapso del ejército imperial. Smuts no tardó en

marcharse a Praga; en Viena, Bolgar continuó las conversaciones con el coronel Cuningham.

Pero el 2 de mayo, la derrotada guardia bávara entregó Múnich a los reaccionarios. Hungría estaba aislada. A partir de entonces, tuvo que depender únicamente de sus propias fuerzas.

La inacción de las milicias magiares permitió a las bandas rumanas penetrar en Transilvania el 2 de abril; ocupar Kischeno, Nagyszalonta y Debreczen el 22 de abril; entrar en Matteszalka el 23 de abril. El 24 de abril, los rumanos proclamaron la movilización de los trabajadores de los hospitales y de las municiones. Marcharon sobre Arad, seguidos por el ejército francés. Para romper su avance, los nazarenos de Transilvania incitaron a los trabajadores a realizar una huelga general en los centros, en Kolozsvar, Szamos-Ujvar, Zam, etc. En esta conjetura, en Budapest, Kun y su sustituto Pierre Agoston, en lugar de resolver medidas extremas, se extendieron en conversaciones. El 25 de abril, Franchet d'Esperey dio a sus soldados la orden de reanudar el avance suspendido tras la misión de Smuts; el acuerdo, en un ultimátum, emplazaba a los comisarios del pueblo a ceder sus poderes a un gobierno republicano. Kun se mantuvo optimista. Telegrafió a Balfour y exigió que una misión internacional acudiera a Budapest para resolver los detalles del «estatus de las empresas extranjeras».

El 1 de mayo, en las avenidas de la capital, adornadas con arcos de triunfo, entre las tribunas, las torres de honor cubiertas con bandas de tela púrpura, con el estruendo de los instrumentos de metal, a la llamada de los dirigentes, cuatrocientas mil personas desfilaron en manifestación, vitoreando al nuevo régimen. El 2 de mayo llegan noticias de la caída de los Consejos de Baviera y de la toma de la orilla oriental del Tisza por los franco-rumanos.

El 3 de mayo, el general Marcarescu, comandante del ejército rumano en Transilvania, exigió, en un ultimátum, la desmovilización de las milicias magiars, la entrega de equipos, armas y suministros, 800 locomotoras, 4.000 vagones de pasajeros y 40.000 de mercancías, y 4 trenes blindados. También exigió la liberación, sin reciprocidad, de los prisioneros, la ocupación de las cabezas de puente de la orilla derecha del Tisza y la evacuación de los territorios situados entre el río y Rumanía.

En Budapest, finalmente se comprendió el peligro. Se habían perdido casi dos meses de conversaciones; era necesario reaccionar. El 4 de mayo se proclamó la movilización general. Todos los que habían recibido algún tipo de formación militar tuvieron que partir hacia el frente. Se realizó una intensa propaganda en los sindicatos para animar a los trabajadores a alistarse. Los reformados realizaron trabajos de fortificación. Budapest entró en la zona de operaciones militares.

En la noche del 5 de mayo, el Ejército Rojo entró. Las centurias sindicales, ayudadas por los marineros, hicieron retroceder a los rumanos desde Szolnok hasta Mezo Tur. Las milicias liberaron Kisujzallas, Karczag y Püspök Ladânu; las cabezas de puente de la orilla izquierda del Tisza volvieron a estar en su poder.

El 24 de abril, denunciando el armisticio de Belgrado, los checos, al mando del general francés Pellé, avanzaron hacia Pozsony y Selmeczbanya. Sólo el 11 de mayo los magiares tomaron represalias y el 12 de mayo los invasores huyeron en desorden en dirección a Fulek y Lovonoz. El 7 de junio, el 28º regimiento de infantería checo, dirigido por oficiales, se rindió. El 11 de junio, los comunistas ocuparon Szérénos, Patnok y Leva y liberaron la Alta Hungría. El 14 de junio, penetraron en Eslovaquia; el 16 de junio, este país se levantó y proclamó la dictadura del proletariado. En Eperies, una importante ciudad de la orilla izquierda del Tarcza, se creó un Consejo de delegados de los soviets locales.

Jansonek fue nombrado presidente del Comité Provisional. Los principales comisarios de la nueva república fueron Kovaés, delegado de Hacienda, Fenner y Hensik, encargados respectivamente de los departamentos de socialización y agricultura. Inmediatamente se llevó a cabo la reforma agraria. En Praga, los socialdemócratas tomaron el poder: V. Tusar se convirtió en presidente del Consejo; sus amigos Antoine Hampt, Léon Vinter y Gustave Habermann, todos ellos partidarios del comunismo, ocuparon las carteras de

Trabajo, Educación y Bienestar Social. Se nombran cuatro agrarios para los ministerios de Interior, Correos, Agricultura y Hacienda. Por lo tanto, la situación diplomática era excelente. Las tropas húngaras, apoyadas por la milicia eslovaca, sólo tuvieron que marchar hacia Kremnica o Trencin.

El 17 de junio, justo cuando alcanzaba el punto álgido, el Ejército Rojo tuvo que detenerse, por orden formal de Béla Kun. De hecho, la noche del 7 de junio, Clemenceau, en un radiotelegrama, invitó a los delegados húngaros a participar en la Conferencia de Paz a cambio del cese de las hostilidades contra los checos y los rumanos. Kun aceptó.

El 10 de junio, Clemenceau volvió a ordenar a los magiares que evacuaran los territorios checos y eslovacos en un plazo de cuatro días a partir del 14 de junio. Kun replicó que la nota no había llegado hasta el 15 de junio, y que no podía ordenar la evacuación dentro del plazo. No obstante, el 17 de junio envió un despacho a Masaryk, Presidente de la República Checa, solicitando la apertura de negociaciones. El gobierno de Praga se declaró dispuesto a celebrar un tratado, siempre que se respetaran las decisiones de Clemenceau.

El 19 de junio, en el Congreso de los Consejos, Kun dijo Vamos a concluir una paz que no durará mucho más que la paz de Brest-Litovsk. Estamos negociando con los imperialistas. Sin embargo, no nos corresponde a nosotros, sino al proletariado de Bohemia, destruir las cláusulas de

este pacto. En ningún caso debemos interferir en los asuntos internos de nuestros vecinos, aunque sea para mejorar nuestra condición. Seguía empeñado en su mezquina concepción del respeto debido a los estados burgueses.

Mientras el ciego Kun, confiando en la sinceridad de Clemenceau, proseguía sus negociaciones, en el oeste de Hungría los aliados reclutaban por la fuerza a varios miles de campesinos en la tropa reaccionaria, cuyo mando confiaron al almirante Horthy, actual regente del reino húngaro.

Kun temía el poder militar de los aliados. Sin embargo, los comunistas les ganan en cada encuentro. Los franceses, siempre colocados en segunda línea, representaban una fuerza numérica ridícula. Los soldados, debilitados por las fiebres, presa del odio no de sus enemigos declarados, sino de sus auxiliares rumanos, checos y serbios, estaban desmoralizados. Los serbios estaban en constante revuelta.

El 29 de marzo, habían dirigido una flotilla de monitores contra Budapest. Los monitores regresaron seriamente dañados. El 22 de julio, a las 14 horas, en Marburgo, los reservistas del 45º regimiento yugoslavo se amotinaron. Fueron abatidos por oficiales franceses, tras dejar 49 muertos en el suelo.

El 23 de julio, en Varesdin, Croacia, un regimiento de caballería, ayudado por los trabajadores de la ciudad, encarcela a sus oficiales y declara la Comuna. El orden se

restableció sólo después de dos días de lucha. En Esseg, en Eslavonia, los trabajadores declararon una huelga general y enarbolaron la bandera roja cuando llegaron los franceses. Los líderes detenidos fueron pasados a cuchillo sin juicio.

El 24 de junio, el general Pellé informó a Guillaume Boehm de que los checos suspendían las hostilidades con la condición de que los húngaros volvieran a cruzar la frontera eslovaca. Kun cumplió; la República Soviética Eslovaca fue derrocada el 29 de junio y los principales comisarios fueron ahorcados. Los checos reanudaron la ofensiva, y un telegrama oficial de Praga, fechado el 27 de junio, decía: «Mientras el Generalísimo Pellé enviaba un radiotelegrama al comandante en jefe magiar, nuestras tropas hicieron rápidos progresos en la parte occidental del frente. Luego, desanimados, comprendiendo la estupidez de sus dirigentes, cansados de vencer para retroceder más, contaminados por los elementos burgueses infiltrados en sus filas, las milicias rojas se desorganizaron.

Los obreros huyeron a las ciudades; los demócratas se rindieron a los invasores que los enrolaron bajo la bandera de Horthy; sólo los campesinos continuaron la lucha. Hasta agosto, lograron contener a las tropas aliadas. Pero estos últimos habían hecho su cruce. Desde Eslovaquia, Transilvania, Siria y Eslavonia, se dirigían a Budapest.

El 2 de agosto, Béla Kun cedió su puesto a su sustituto. Agoston Haubrich se convirtió en comisario de armas. Peidl

sustituyó a Garbai como presidente del Consejo Soviético. Era demasiado tarde.

En la mañana del 5 de agosto, 30.000 rumanos, dirigidos por Marcarescu, entraron en Budapest. El 7 de agosto, los blancos de Horthy detuvieron a Peidl y a los demás comisarios del pueblo. El 10 de agosto, en Csepel, mil trabajadores de las centurias sindicales que se habían rendido fueron masacrados con ametralladoras.

Bela Kun, el autor de este desastre, tomó el tren a Viena.



IX. EL TERROR BLANCO

Hungría, definitivamente a merced de los invasores franceses, checos, serbios y rumanos, aterrorizada por las bandas de Horthy, sufrió tales atropellos que superaron en horror a los sufridos por el norte de Francia o Prusia oriental.

Tras la captura de Arad, los aliados instalaron allí un gobierno reaccionario, con el barón Jules Bornemissa y el Dr. Gratz como presidente. Cuando entraron en Hungría,

trasladaron la sede de esta administración simiesca a Szeged. Situada en la orilla derecha del Tisza, cerca de la desembocadura del Maro, Szeged era una importante ciudad comercial e industrial. Los comunistas, que habían organizado allí sindicatos y consejos económicos regionales, la defendieron ferozmente contra los ataques de los aliados. Obligados a replegarse a Budapest, se retiraron desordenadamente, dejando muchos prisioneros. La represión, bajo las órdenes formales de Franchet d'Esperey, fue atroz. Los franceses, sin juicio y violando las normas esenciales de la justicia internacional, deportaron a más de seiscientos milicianos húngaros a Marruecos y Argelia. No los publicaron hasta 1921.

Andorka Kovacs, miembro del consejo local de Szeged, y otros cinco amigos suyos, apresados por nuestras tropas, fueron arrastrados de Szeged a Sofía, de Sofía a Salónica, donde el tribunal militar francés los condenó a trabajos forzados de por vida. Trasladados a Francia, donde la bolchevique Marty los recibió, fueron dirigidos, en 1920, a Guyana. Los miembros de los consejos de explotación y los cargos locales fueron entregados a los reaccionarios que los condenaron a trabajos públicos o a la cárcel. Cuando los franco-rumanos penetraron en Budapest, fusilaron o ahorcaron sin juicio a varios miles de trabajadores y hortelanos, cogidos con las armas en la mano, o denunciados por sus vecinos.

En Kecskemet, doscientos civiles, hombres, mujeres y niños, que no se dispersaron a la orden de un mayor, fueron ametrallados en la calle. Un reportero socialista, Béla Somogyi, denunció este crimen. Los agentes lo secuestraron a plena luz del día, le cortaron las orejas y la nariz, le sacaron los ojos y lo arrojaron al Danubio.

Las bandas de Horthy torturaron a los «chicos de Lenin», los auxiliares de Szamuely, los familiares de los comisarios del pueblo, que cayeron en sus manos. Después de castrar a Corvin, lo ahorcaron. Agarraron a la Sra. Hamburger, esposa del subcomisario de agricultura, la pusieron desnuda sobre una estufa caliente y luego la violaron con palos de escoba. La señora Wiesner, esposa de un miembro del Soviet de Segszard, se negó a revelar la ubicación de su marido. Para arrancarle una confesión, un hombre blanco llamado Kiss Goza la tumbó en el suelo y pisoteó el vientre de la desafortunada mujer que estaba embarazada de siete meses.

El terror se extendió implacablemente. En los campos de concentración rodeados de alambre de espino y abastecidos dos veces por semana, pronto se acumularon treinta mil cautivos. El número de ahorcados y fusilados se estimó en nueve mil. El Partido Comunista, el Círculo Galileo y la Unión Anarquista del Hotel Almassy fueron considerados movimientos ilegales. Sus miembros fueron condenados a prisión por delitos de opinión y desacato a la ley. Los socialistas se reunieron en torno al Nepszava. Fueron

perseguidos. Algunos de los amigos de Michel Karolyi, al declararse antibolcheviques, pensaron que podrían ganarse el favor de los terroristas blancos. Emeric Ver, el líder republicano, fue encarcelado y privado de sus derechos civiles durante diez años.

Deseosos de salvar a Otto Corvin y a los libertarios encarcelados con él, tres anarquistas que se habían refugiado en Viena, Stassny, Feldmar y Mauthner, intentaron ponerse en contacto con sus compañeros que aún estaban libres en Budapest, para organizar una fuga. Regresaron a Hungría, pero uno de sus acólitos, Csuvara, antiguo secretario de Bela Kun, los vendió a la policía, que los apresó. Marcel Feldmar, estudiante de medicina, murió en 1920 en su celda a consecuencia de las palizas de los esbirros. El profesor Stassny fue ahorcado; Mauthner sabía que se había puesto precio a su cabeza porque había estado a cargo de una batería de cañones de largo alcance durante la Comuna. Capturado el 15 de diciembre de 1919, fue condenado a muerte el 18 de abril de 1920, acusado de asesinato durante una insurrección y de atentado contra la seguridad del Estado. Su condena fue conmutada por una pena de prisión. Mauthner consiguió escapar de la cárcel el 21 de junio de 1921 y llegó a Francia a través de Checoslovaquia y Baviera. Sus amigos de Budapest, los hermanos Rabinovich y el joven Szamuely, fueron degollados o ahorcados. Los supervivientes del golpe apuñalaron al traidor Csuvara.

Terminada la agitación revolucionaria, los reaccionarios intentaron restaurar el antiguo régimen. José de Habsburgo, recordando que el rey Carlos le había nombrado *homo regius* el 30 de octubre de 1918, formó un gabinete bajo la presidencia de Stefan Friedrich. Los miembros del gobierno formado en Szeged por los franceses reconocieron la autoridad del Príncipe y uno de ellos, Teleki, entró en el Consejo de Ministros. El 23 de agosto, como consecuencia de la hostilidad de los ingleses hacia él, José de Habsburgo dimite. El 24 de noviembre, Friedrich cedió sus funciones a Carlos Huszar, que formó un gabinete de concentración y convocó la Asamblea Nacional.

El 1 de marzo de 1920, esta asamblea, formada por soldados, sacerdotes, terratenientes e industriales, restableció oficialmente la monarquía y proclamó al almirante Horthy como regente en ausencia del soberano. La reacción política se complicó con el expolio económico. Los terratenientes que se habían recuperado de su agitación se apoderaron de las propiedades de sus competidores y víctimas descontentas. Los estados esclavizados abandonaron las fuentes de su riqueza a los opresores. Horthy confiscó las joyas, los campos y las casas de Karolyi, y su ejemplo hizo que la nobleza y la burguesía magiares se abalanzaran sobre los tesoros de sus enemigos personales. Las denuncias se multiplicaron; la fortuna de los condenados revirtió a sus acusadores.

Checoslovaquia se apoderó de 63.004 kilómetros cuadrados habitados por una población de tres millones de almas; los rumanos se apoderaron de 102.181 kilómetros cuadrados con 5.236.000 hombres; Serbia se anexionó 63.572 kilómetros cuadrados con 4.151.000 habitantes. El Tratado de Trianón del 4 de junio de 1920 legitimó estos secuestros.

Hungría perdió el 71,8% de su territorio y el 63,6% de sus ciudadanos. Hungría perdió el 54,3% de sus campos de trigo, el 37,1% de sus tierras de centeno, el 87% de sus bosques, el 65% de sus tierras de maíz y el 52,7% de sus tierras de cebada.

Los capitalistas serbios, para romper definitivamente la competencia húngara, robaron 2.439.066 cabezas de ganado, entre ellas 1.047.099 cerdos. Su ganado se duplicó. Entonces hicieron insertar en el tratado de paz una cláusula económica que especificaba que Hungría no podía someter los productos naturales de ninguno de los Estados aliados «importados en el territorio húngaro, cualquiera que sea su procedencia, a derechos o gravámenes, incluidos los impuestos internos, distintos o superiores a los que estén sujetos los mismos bienes, productos naturales o manufacturados de cualquier otro de dichos Estados o de cualquier otro país extranjero». Imitando a los yugoslavos, los rumanos y los checos se llevaron 7.321.362 y 3.239.164 cabezas de ganado respectivamente, incluyendo casi cinco millones de ovejas. Como resultado, hoy los rumanos tienen

1,2 cabezas de ganado por acre y 246 por cada cien campesinos, mientras que los húngaros sólo tienen una cabeza por cada 85 acres. Después de apoderarse de la riqueza agrícola, los aliados se llevaron el equipamiento industrial y las fábricas, el 58,3% de los yacimientos de hierro fueron para los checos y el 25% para los rumanos. Al ocupar el 13% de sus bosques, los invasores dejaron a Hungría con sólo 51 de 444 aserraderos. Después de la Comuna, los magiares sólo conservaron el 44% de las refinerías, el 70% de las fundiciones, el 35% de las fábricas de ladrillos, el 80% de las fábricas de cal, el 0,1% de las fábricas de superfosfato y el 37% de la red ferroviaria. En 1919, Hungría disponía de silicato de magnesio natural y de una empresa de transformación de magnesita. Volvió a perder estos activos.

En este país arruinado y exprimido, la hambruna se instaló. En 1920, hubo un déficit de 3.635.000 quintales de trigo, centeno y cebada. En marzo sólo se cosecharon 12.740.000 quintales, mientras que una producción de 20 millones de quintales podría satisfacer la demanda de los consumidores. Sólo se suministró el 40% del azúcar necesario.

Para evitar el hambre, la población obrera y campesina emigró. Se calcula que hoy en día más de dos millones de súbditos magiares viven en el extranjero, principalmente en Austria, Estados Unidos de América y Francia. La afluencia de emigrantes a Viena fue tan grande en 1921 que los comerciantes tuvieron que aprender los rudimentos de la lengua húngara. En 1925, había treinta mil magiares

domiciliados en Francia, con asociaciones políticas, periódicos y revistas.

El Terror Blanco, que provocó la hambruna, agravó este éxodo. La represión, seis años después de la Comuna, continuó su trabajo. Los social-liberales reunidos en torno a Etienne Vagi fueron encarcelados; su asociación fue considerada ilegal; la publicación de sus periódicos y tratados fue prohibida; los socialistas y demócratas que trataron de ocultar los estupores del régimen vieron cómo sus diputados eran expulsados del Parlamento con las culatas de los rifles. Los bolcheviques, partidarios del capitalismo de Estado, se han dado un programa y han fijado, según las directrices de Moscú, una ideología claramente opuesta a las directrices de la Comuna. Perseguidos, no representan ninguna fuerza en el movimiento revolucionario ni en la actividad política de la Hungría sometida.

Por otra parte, se rindieron honores reales al regente Horthy y a los distintos archiduques de Habsburgo; y en abril de 1925, el presidente del Consejo de Ministros, el conde Bethlen, presentó un proyecto de ley sobre la mesa de la Cámara de Representantes en el que se estipulaba que los miembros masculinos de la familia real residentes en Hungría serían nombrados miembros del Senado por derecho.



ACERCA DEL AUTOR

Achille Dauphin–Meunier (1906–1984) fue un activo activista y prolífico escritor del movimiento anarquista entre 1923 y 1930.

Su compañera era una campesina húngara costurera y anarquista, Böske Kovacs. Ella despertó en él un gran interés por el movimiento anarquista en Hungría y le llevó a publicar un libro titulado *La comuna húngara y los anarquistas*. En *La Revue Anarchiste* (abril de 1925), en *Le Libertaire* y de nuevo en 1928 en *Le Populaire* de París, publicó una serie de

artículos denunciando el régimen de Horthy. (Diccionario biográfico *Le Maitron*)

Es la versión de *La Commune hongroise et les anarchistes*, 21 mars 1919–7 août 1919 publicada por el Syndicat Intercoopératif Anarcho–syndicaliste de Caen en 2002 la que hoy distribuimos.

PARTAGE NOIR – 2019